

Vladimir Anderson

# HOMO LUDUS



СОДЕРЖИТ  
НЕЦЕНЗУРНУЮ  
БРАНЬ

18+

Vladimir Anderson  
**Homo Ludus (Spanish edition)**

«Автор»

2024

## **Anderson V.**

Homo Ludus (Spanish edition) / V. Anderson — «Автор», 2024

El dios sin rostro de la Memoria es tan humilde que nadie conoce su nombre. Huitzilopochtli Dios de la Guerra, tan cansado de la guerra que sólo busca la paz. La diosa Kitsune, que ha recibido tantas máscaras de otros que ha olvidado su propio rostro. Los dioses no son perfectos, pero siguen siendo dioses, y gobiernan a los humanos. Y, por supuesto, comparten el mundo entre ellos. \*\*\* "Homo ludus" es una aguda novela filosófica que explora las complejas cuestiones de la conciencia humana en el mundo moderno y la relación del hombre consigo mismo como individuo independiente. \*\*\* "Homo ludus" de W. Anderson es nuestra respuesta a "Canción de hielo y fuego" de J. Martin y "American Gods" de N. Gaiman.

© Anderson V., 2024

© Автор, 2024

# Vladimir Anderson

## Homo Ludus (Spanish edition)

### Prólogo

en un país donde la gente era infeliz y se alegraba de sufrir en vida, con la esperanza de obtener lo que deseaba después de la muerte. Esto le resultaba muy extraño a Daikoku. En su Japón natal, la gente sabía que no tenía derecho a la felicidad, pero también sabía que algunos la conseguían. Sin embargo, el propio Daikoku siempre andaba por ahí con el ceño fruncido y descontento. Nadie debería saber cuánta felicidad tiene ahora toda la gente. Después de todo, no hay mercancía más cara, y todos querrán tenerla. Y todos querrán más. Y entonces él necesitaría tantos recursos que nunca poseyó... Por eso el dios de la felicidad era conocido por ser el más avaricioso entre todos los dioses.

Pero en el saco de arroz mágico que llevaba sobre los hombros había una rata vieja y sabia, símbolo principal de la riqueza. Y fue esta rata la que royó agujeros en la bolsa de arroz. Y el arroz cayó al suelo, dando a la gente la felicidad que creían no merecer. Y nadie más que la rata y el propio Daikoku sabían que ni un solo agujero fue roído por accidente, ni un solo arroz cayó por accidente: todas las personas que recibieron el arroz mágico fueron elegidas de antemano y con mucho cuidado. Y no por la felicidad que merecían, sino por lo dispuestos que estaban a preservar esa felicidad.

Y entre la gente de Krakozhia, Daikoku vio muy pocas personas que quisieran ser felices, y aún menos que estuvieran dispuestas a apreciar su felicidad. Pero lo que más le sorprendió de todo fue que la pequeña fracción que tenía felicidad pronto iba a perderla también. Esas cosas Daikoku las sabía de antemano que todos los dioses. Porque había visto cuánta felicidad perdería la gente. Porque la felicidad era más fácil de perder que cualquier otra cosa.

### Gustav

Gustav tenía casi mil quinientos años, y en toda su vida nunca había visto a alguien como él vivir tanto tiempo, y vivir del sufrimiento ajeno.

Nació en Irlanda, donde los habitantes se llamaban celtas y adoraban a la diosa Danu, antepasada de los dioses que gobernaban la isla. No le gustaba esa religión, en la que sus fieles no creían en el amor como algo omnipotente, sino que se limitaban a considerarlo una de las manifestaciones de los sentimientos humanos.

Al principio, Gustav mataba más por necesidad que por placer, y ni siquiera sentía que hubiera nada especial en ello. Pero pasaron los siglos y apareció el cristianismo, y luego sus ramificaciones, en forma de luteranismo y, sobre todo, el calvinismo, una rama del protestantismo en la que la principal intención de Dios era glorificarlo. En el calvinismo Dios no era bueno y no iba a salvar a todos de la hiena de fuego, Él determinó inicialmente quién es elegido y merece el derecho a gobernar, y quién es insignificante y debe sufrir la desgracia y la humillación, y todo lo que sucede, es sólo entonces para glorificar Su gran Voluntad y Poder. Los elegidos cumplen esta Voluntad.

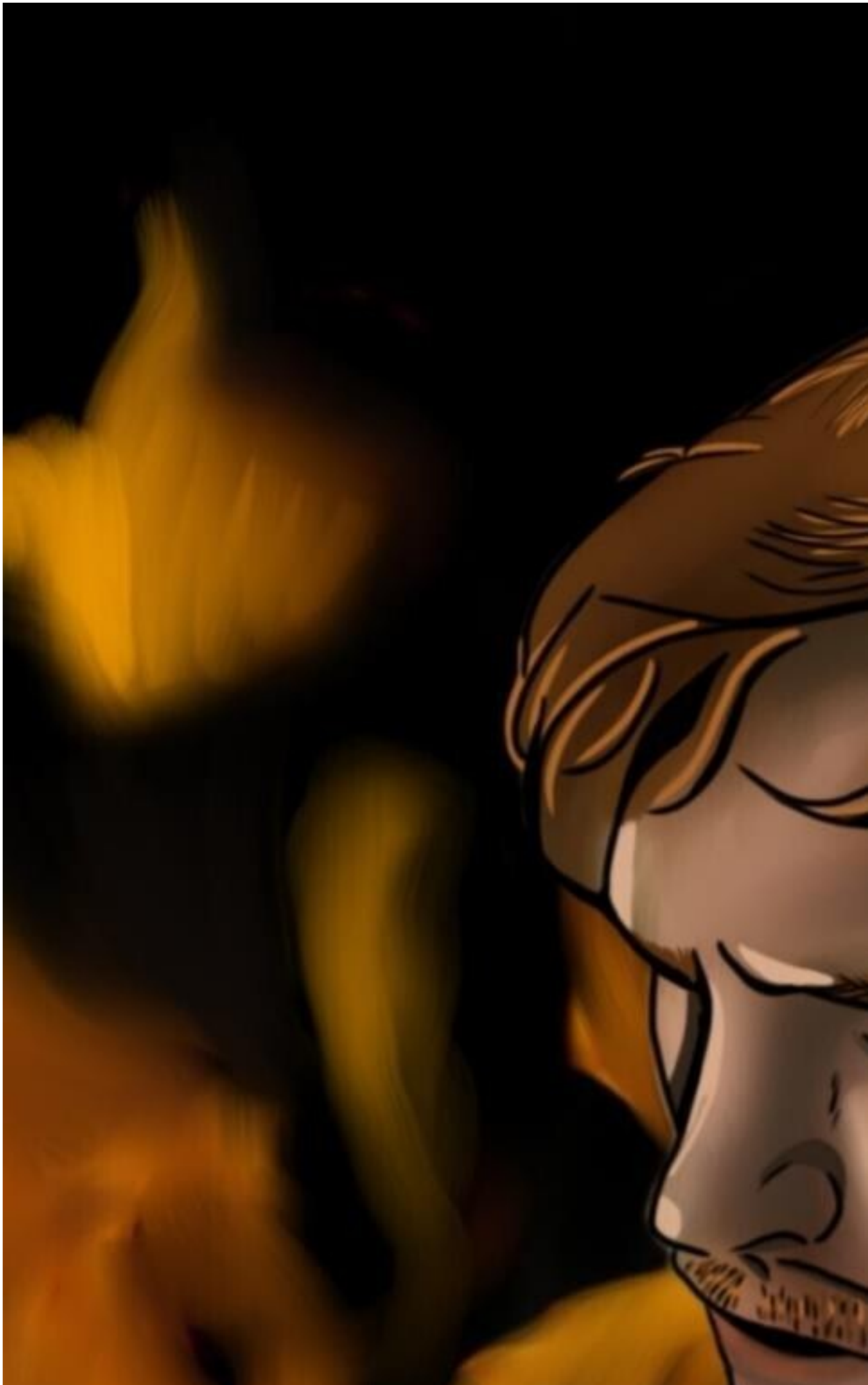
Gustavo se consideraba a sí mismo como un elegido, siguiendo los principios de Calvino mientras exterminaba a cualquiera que pudiera considerar despreciable.

Cuando este movimiento aún estaba en pañales, Gustav viajó a Suiza y participó en los juicios a los "herejes" (y quién era hereje ya no lo definía la Iglesia

católica, sino Jean Calvin), que también fueron quemados en la hoguera, pero por pensamientos exactamente opuestos.

A Gustavo no le gustaba quemar, sino hablar con los condenados, darles esperanza, aunque no importara cuál fuera -quizá comprensión o simpatía, que la vida no era en vano- y luego quitarles esa esperanza reprochándoles en secreto y haciéndoles sentir culpables, vaciándoles así de vida incluso

antes de su agonía de muerte en el humo de la hoguera. Este juego de buenos y verdaderos le gustaba mucho más que las simples acusaciones de disidencia y error espiritual, cuyo objetivo era simplemente consolidar el nuevo poder antipapal y hacer que éste reconociera su éxito en un solo país.



Gustav pensó que ni siquiera estos nuevos inquisidores comprendían del todo el significado de su posición. Sólo querían acusar a alguien y condenarle, mostrando así su poder, sin darse cuenta de que la persona que moría se daría cuenta de que tenía razón y era pura ante todos y, sobre todo, ante sí misma. Pero exprimirle todo el jugo, confundirle y obligarle a morir desesperado por la desesperanza y el vacío de su vida, eso era lo que Gustav quería, y eso fue lo que consiguió.

Pronto, desilusionado con el propio Calvino, se convenció cada vez más de sus ideas, añadiéndolas y reforzándolas. "Los niños son inmundicia", decía Calvino; el vampiro discrepaba: "Los niños no son inmundicia, son un regalo. Son uno de los regalos más dulces que se le pueden dar a un hombre junto con una alegría indescriptible, sólo para quitárselos y dárselos al mismo hombre para causarle un sufrimiento aún más indescriptible e imposible y para volverlo loco con su propio vacío recién descubierto".

Gustav tenía hoy una cita con una nueva conocida. Se llamaba Catherine. Su padre era diplomático francés, así que había pasado toda su infancia en un internado semicerrado donde la mitad de los niños no hablaban ruso.

Ya adulta, Catherine empezó a escribir, y ahora varias revistas de la capital publican sus artículos sobre la familia, los niños y los perros. Estos últimos eran sus preferidos, y le encantaban los perros de todo tipo y, sobre todo, por el amor real y sincero que sentían por sus dueños. Ella misma sólo había criado hasta ahora un perro salchicha de pelo corto, pero en el futuro quería tener varios más. No sabía si era por miedo a responsabilizarse de otro ser vivo o por indecisión a la hora de elegir una segunda raza; había muchas razones, pero en realidad no se atrevía a hacerlo. Este rasgo era muy fuerte en su carácter – siempre tenía miedo de cometer errores, y probablemente porque había pocos errores en su vida; no había lugar para cometerlos en vano. Su padre siempre estaba ahí para asegurarse de que su vida estuviera siempre llena de decisiones correctas.

Este sábado fue invitada a comer por un nuevo conocido que la semana anterior le había concedido una magnífica entrevista sobre el tema de la cría y el adiestramiento de labradores. Gustav le caía bien no sólo por su aspecto característico de Europa occidental y sus modales corteses, sino también por su asombroso conocimiento de los perros en general y de los labradores en particular. Nunca había oído tantas cosas nuevas e interesantes en una conversación, y el redactor jefe ya había decidido poner el artículo en la columna central del siguiente número. Además, Kathryn estaba fascinada por la actitud vital y radiante de Gustav ante la vida, que pensaba que empezaba a impregnarse también en ella.

Fue la primera en llegar. Se sentó en la mesa auxiliar y pidió un vaso de agua. Ahora mismo lo que más le preocupaba eran sus zapatos. Llevaba toda la semana pensando en lo que se pondría para la reunión: un vestido azul claro, largo y ajustado, con un pequeño escote y los hombros cubiertos, de seda tan fina y

ceñida que los dibujos de su sujetador podían verse desde el escote, y unas medias transparentes que le daban un aspecto despampanante. Se había peinado por la mañana para poder contemplar los rizos de su larga melena negra antes de salir. Todo estaba impecable, excepto los zapatos, unos zapatos turquesa de tacón alto, perfectos en este caso, ligeramente necesitados de reparación. Catherine rara vez se los ponía debido a los finísimos tacones de aguja, y la última vez que se los había puesto se había golpeado con una grieta en el pavimento.



el estilete comenzó a tambalearse, y cuando estaba destinado a caer, sólo se podía adivinar.

Era demasiado tarde para volver a cambiarse, así que salió temprano para poder ir andando hasta el coche y llegar a la cafetería.

Ahora, mientras esperaba, el agua le parecía una especie de bebida calmante.

El agua le humedecía la garganta, la refrescaba un poco, le daba paciencia.

Gustav apareció. Alto, apuesto. Llevaba traje y una camisa de seda roja que le sentaba de maravilla, con botoncitos que parecían rubíes mágicos de cuentos de hadas extranjeros. Estaba radiante.

"Hola", Catherine sonrió y se puso de pie por alguna razón. Tenía el pecho apretado y el corazón le latía tan fuerte que parecía que se le iba a salir por las orejas.

"Hola, Katherine", la voz de Gustav era segura, y sus ojos acogedores parecían capaces de calmar incluso a un león medio asustado y hambriento que acababa de derrotar a una manada de hienas. Se llevó la mano a los labios y la besó suavemente, notando que la chica estaba entumecida.

"¿Quieres sentarte?" – Gustav sonrió. – Hazlo bien, no hay verdad en los pies, por supuesto, pero no puedo sentarme ante ti".

"Ah, sí", rió Catherine con ligereza, sentándose de inmediato y colocando las palmas de las manos juntas frente a ella, sujetando el borde de la mesa con los pulgares.

"¿Llevas mucho tiempo esperándome?"

"Bueno, hace cuánto... un par de minutos". – Su mano derecha se apartó distraídamente un mechón de pelo del hombro y lo dejó caer sobre la mesa. Su pie derecho, que llevaba el mismo tacón de aguja medio roto, se levantó ligeramente por el talón y, tras avanzar unos centímetros hacia la derecha, volvió a apoyarse en el suelo.

"Sabes, me preocupaba llegar tarde y hacerte esperar."

"No. ¿Qué eres? Casi acabo de llegar". – contestó la chica, y luego miró involuntariamente a la mesa. Sobre ella había tres vasos de agua vacíos, manchados cien veces y por todos lados por los dedos y con marcas de carmín en los bordes. "¡Qué tonta! – pensó. – Ahora pensaré que o miento o bebo agua como un camello... Y luego está esa horquilla... Ya me he pegado medio escupitajo intentando arreglarla. No puedo creer que me olvidé de eso. El lápiz labial

también. La mitad sigue en las gafas. Es tan barato. Debo haberlo limpiado de mis labios. ¿¿Se supone que tengo que maquillarme delante de él ahora?!"

"¿Cómo está tu artículo? ¿Está bien?" – preguntó Gustav. Su aspecto mostraba que todo iba bien, y cada una de sus palabras rebotaba calma y confianza.

Catherine sonrió: "No pasa nada... De hecho, el editor estaba encantado. Han decidido ponerlo en la sección principal del próximo número... Nunca en mi vida he conocido a nadie capaz de hablar de algo de forma tan interesante. ¿Cómo demonios sabes tanto de perros?"

Gustav le devolvió la sonrisa, entrecerrando ligeramente los ojos. Parecía muy hermoso y atractivo. Era como si compartiera la luz del sol y el calor en una sombría cueva de hielo con gente que había olvidado lo que era la alegría.

"Kathryn, es una larga historia... Pero, en pocas palabras... Hace unos años vivía en Canadá, cerca de Montreal. Tenía una casita junto a un bosque, y un centro canino a mi lado. Una noche no podía dormir. No sé por qué. Simplemente no podía dormir. Pensé, bueno, al menos voy a dar un paseo. Tomar un poco de aire fresco. Es mejor que estar tumbado en la cama... Me vestí, salí. Y entonces oí unos ladridos. Veo un cachorro. Es sólo un cachorrito. Está tumbado en mi valla. Un cachorro labrador. Es pequeña, de color pálido. Por lo visto, se escapó del centro... Pero yo no podía devolverlo, o más bien a ella, claro... Pero tenía que ir a pedirles consejo todo el tiempo. Y los especialistas de allí resultaron ser, ya sabes, de qué clase. Lo he estado haciendo desde entonces.

La chica le escuchaba con la boca abierta. Era tan agradable darse cuenta de que había sucedido por el feliz destino. Era tan agradable darse cuenta de que había sucedido por casualidad. Y que esa casualidad les había unido por fin a ella y a él.

"¿Dónde está ese perro ahora?"

"Catherine". Connmigo, claro que sí. Dónde si no... Oh, y tengo que pedirte un favor..."

Sonó el teléfono.

La chica buscó frenéticamente su bolso. A mitad de camino, por fin recordó que su teléfono móvil estaba en otro bolsillo. Hablar no sería necesario, pero era su padre.

Empezaron a hablar, por supuesto, en francés. Catherine pensó que era posible convertirlo en una ventaja, creyendo ingenuamente que Gustav no conocía este idioma – de hecho, sólo ayudó a cavar su propia tumba.

"Bueno ahora . – pensó Gustav. – Habla con tu papá y tendrás un perrito troyano... Sigue soñando. Has encontrado al amor de tu vida No tienes ni idea de lo que realmente te mereces por lo que has hecho. Estoy seguro de que no pensarás en el estilete de tu zapato derecho Tienes un aspecto tan dulce que has dejado boquiabierta a mucha gente; es una pena que no puedas llamarlos para que vean tu acto final, sería mucho más efectivo Me lo haría con tu padre por separado, pero no merece mi tiempo. Probablemente considere semejante belleza uno de sus principales logros en la vida: ni los pechos, ni los labios, ni nada han sido operados – son reales. Habría notado enseguida una falsificación "

Como si sintiera una exigencia mental de colgar el teléfono y, diciéndole a su padre que estaba en un café con un chico del que estaba locamente enamorada, y del que parecía haberse enamorado, apagó el teléfono por completo.

"Era papá el que llamaba. – La chica habló en tono de disculpa. – Le dije que estaba con mis amigos. Para que no hiciera muchas preguntas ahora. Conoce a mis amigos, no les gusta esperar a alguien".

"A qué clase de mujer le gusta esperar". – replicó Gustave, y pensó. – "¿Por qué mientes por nada? Podrías haber dicho simplemente que estabas en un café y ocupada. Cuánta gente cree que mintiendo la verdad resulta más convincente..."

Vuelve a preguntarme por la petición y habré terminado contigo por hoy. "Sí. Tienes razón. Supongo que no del todo ¿Qué dijiste de preguntar?"

"Ah, sí. Gracias por recordármelo. A esa petición tampoco le gusta esperar. Está en el coche". – Gustav se levantó y extendió la mano con la palma hacia arriba a la chica. Tras una pausa escénica, Kathryn apretó su mano entre las suyas, se levantó y le miró a los ojos muy de cerca, ya sin sonreír. Nunca se había sentido tan tranquila y bien en su vida.

"Me merezco a este hombre. – decidió Catherine mentalmente. – Toda mi vida no he tenido más que cobardes, y nada sale bien. Todo es por él. Sólo para poder tenerlo en mi vida. Será mío".

Arrojando dos grandes billetes de dinero sobre la mesa, Gustav tocó la cintura de la chica con las palabras "vámonos" y la guió hacia la salida y él mismo la siguió.

Un poco más lejos de la salida, en el patio, estaba su enorme Cadillac Escalate negro. Cuando se puso detrás del coche, abrió el maletero, y allí, en una pequeña bolsa para mascotas, había un pequeño labrador oscuro como la noche, de menos de un mes.

"¡Qué milagro! – susurró emocionada Catherine, tapándose la boca con las palmas de las manos.

"Sí. Tiene tres semanas. Fue el último de los cinco en salir. Se podría decir que es mi nieto más joven. Y, a decir verdad, probablemente mi preferido... Regalé los otros a unos amigos que llevaban mucho tiempo pidiéndome un cachorro, y decidí quedarme con mi preferido. Pero ahora

estoy de viaje de negocios y alguien tiene que cuidar de él. Puedes cuidar de él. Sólo son 7 días mientras estoy fuera.

"Bueno, no tengo palabras. Es tan adorable. ¿No bromeas? Es tan adorable". "¿De verdad voy a burlarme de ti, Catherine. Por supuesto que lo digo en serio.

Me harías un gran favor".

"¡Qué eres! ¡Por supuesto que estoy de acuerdo! ¿Cómo puedes rechazarlo?" – Ya le parecía que era el día más feliz de su vida.

"Gracias, Catherine. Ahora mismo no tendría tiempo para él. Demasiado trabajo mientras estoy fuera".

Gustav se ofreció a llevarla a casa y ella aceptó. Aunque tendría que ir aparte a buscar su coche, que estaba aparcado enfrente del café. Para ella era importante no volver sola a casa ese día.

Durante el trayecto, le habló de su estancia en África, en Zanzíbar, de las costumbres locales y de en qué se había convertido la isla, y de que iría allí si tuviera la oportunidad.

Gustav estuvo allí en 1896. Consiguió persuadir a Bargash, el gobernante local, para que entrara en conflicto con el Imperio Británico. Hacía tiempo que él mismo deseaba algo más, pero su inteligencia restante le había impedido hacerlo hasta que se descubrió su debilidad.

"Mira lo que dejas atrás. – "Gustav seguía diciéndole. – Necesitas poder. Hazte con él, luego expáñelo, y nosotros te ayudaremos con eso... Ya conoces el sentido de una herencia. ¿Qué les dejarás a tus hijos?"

Bargash sólo era hermano del sultán y no tenía derecho al trono, y eso le venía muy bien, pero tenía un hijo predilecto, que sólo tenía dos años, pero que era digno de mucho más que cumplir las órdenes de otro.

Al darse cuenta de que Bargash esperaba la muerte natural de su hermano, Gustavo lo envenenó él mismo, y el día señalado se produjo un golpe de estado, supuestamente apoyado por el Imperio alemán.

La escuadra británica se situó en la rada frente a la costa, sabiendo perfectamente qué hacer – Gustavus les había dicho que si tenían que luchar,

disparasen contra el palacio en el lado noreste, el nuevo heredero estaría allí, matarlo evitaría muchas bajas, ya que era lo único importante para el nuevo Sultán.

La segunda descarga enterró el motivo imaginario de la guerra: el niño había muerto, y Bargash, que había perdido lo más preciado del mundo, nunca se recuperó. Todo lo que había soñado se esfumó en 387 minutos de la guerra más corta de la historia de la humanidad.

Gustavus, por otra parte, tenía varias fincas nuevas en Inglaterra y un disfrute desproporcionadamente mayor de su propia importancia y significación en la vida. Ni siquiera lo recordaría ahora ni le hablaría a Catalina de la belleza de la isla de Zanzíbar y del palacio de su sultán, pero quería volver a disfrutar interiormente de las habilidades del veneno con el que había envenenado al sultán real: sin color, sin olor, sin síntomas después de tomarlo; el hombre moría simplemente dormido, dejando de respirar, y el tiempo se fijaba fácilmente por el número de gotas según el peso de la víctima. "Un regalo para el sultán" fue el nombre que dio a la sustancia.

\*\*\*

Gustav no tenía prisa por acabar esta reunión en vano. Entonces tuvo otra. Semioficialmente, asesoraba al propietario de una empresa inmobiliaria,

Mienkom, y hoy tenía que supervisar un cambio de política muy importante para esa empresa.

El hecho es que esta organización, a pesar de su popularidad en la capital, prácticamente no pagó impuestos – la mayor parte de los ingresos se deriva del margen oculto (el vendedor dio su objeto por la cantidad de N, y el comprador se lo llevó por N + Y, siendo absolutamente seguro de que es sólo N, e Y simplemente mantuvo Mienkom), y la mayoría de los empleados ni siquiera estaban empleados oficialmente en la organización.

Gustav, que se presentó como analista jefe del agente inmobiliario estadounidense BlackStone, tenía la tarea de aumentar la cuota de mercado de Mienkom y resolver al mismo tiempo la cuestión fiscal. El plan ya estaba en marcha; sólo quedaba dar algunos consejos.

"Saludos", Vladimir Arkadyevich, el "jefe de jefes" de Mienkom, estrechó la mano del nuevo consultor de desarrollo recién contratado. Obeso, macizo, con una rica experiencia, no estaba ni mucho menos encantado de que aquel guaperas tuviera que pagar 15 mil dólares semanales por 2-3 apariciones en la oficina, pero

las pocas recomendaciones que había conseguido dar ya habían surtido efecto, y esto por un lado, claro, le alegraba, pero por otro le alarmaba mucho. Había visto bastante en su vida y no diría que nunca había sido fácil: Una vez fue jefe de taller en una planta regional de carpintería, luego se convirtió en subdirector, después consiguió un puesto como jefe del comité ejecutivo municipal de una de las ciudades de esta región, y después de 1991 consiguió una participación mayoritaria en la planta, donde solía ser jefe de taller, luego, desarrollándose persistentemente en los negocios en los años 90, se convirtió en miembro del consejo de administración de Mienkom, y habiendo recorrido un camino tan largo, vio en Gustav, que parecía 30 años más joven que él, a un hombre cuya perspicacia y previsión parecían mucho mayores que las suyas. Era peligroso.

Recordaba bien cómo había tratado a los que eran menos previsores que él. Cómo había arruinado el destino de esas personas, incriminándolas y enviándolas a la cárcel o a alimentar a los peces. Todo su camino de éxito, sembrado de cadáveres y de dolor ajeno, extrañamente no sólo le daba una paz completa por la noche, sino que, lo que era más importante, le mantenía entonado a la luz del día. Se daba cuenta bien de que se le podía engañar con palabras, pero nunca con cálculos. Los números siempre dirán la verdad, sólo hay que saber calcular correctamente. Y comprobar tus propios cálculos. "Si te relajas, te comerán los extraños. Si confías en los tuyos, ni te darás cuenta de que te han comido" – eso es lo que pensaba hace tiempo, cuando ocupó el lugar del propietario. Todas estas reglas se aplicaban a la gente como él. No sabía qué hacer con los más fuertes e inteligentes – por el momento negociaba en esos casos. Pero todos estos casos se referían a personas que ya habían vivido su vida y hacía tiempo que habían perdido su irrefrenable sed de beneficios. Nunca había tenido que tratar con un hombre fuerte, inteligente y, sin embargo, joven. Eso era lo que le asustaba de Gustav.

"Hay una, alguna buena razón por la que este hombre se dedica sólo al asesoramiento – pensó Vladimir Arkadyevich. – Y es obvio que no es el dinero.

No se sentía directamente amenazado por él, pero algo le decía que tuviera mucho cuidado.

"Buenas tardes, Vladimir Arkadyevich", dijo Gustav afablemente. Hacía tiempo que se había cansado de ganarse la confianza de los demás y de rellenar su precio con consejos mezquinos. Al principio quería simplemente llevarlos a la cárcel, pero

luego decidió que eso sería demasiado predecible para este tipo de actividad, y él quería ser original.

Mienkom tenía varios proyectos de los que toda la empresa estaba muy orgullosa: dos pueblos de casas de campo de élite en la región y un complejo residencial en la zona de la Milla de Oro. Iban a desarrollarse, promocionarse, gente famosa iba a vivir allí, y luego todo se iba al garete. Gustav ya había hecho varias recomendaciones de cambios en el diseño y los materiales, y había aportado sus conexiones al RP de estos objetos entre las "estrellas". Sólo quedaba esperar a que lo ocuparan, y entonces podríamos empezar.

"Tengo una propuesta central", Gustav sabía que aún se esperaba de él que hiciera algo nuevo e inesperado y que, sin embargo, tuviera éxito.

"Sí. ¿Y qué es eso?"

"Nuestras 3 principales propiedades deberían estar ocupadas en la misma semana".

"¿Pero es...?! Gustav, tú mismo te das cuenta de cómo es". "Por supuesto".

"Tienen plazos. Comisión Estatal, entrega de llaves, reparaciones. Todo está coordinado desde hace tiempo. Sería bueno simplemente llegar a tiempo, no mover nada..."

"Sí. Pero estoy hablando del futuro... Hoy, Mienkom es una gran empresa seria.

Eso es bueno. Pero no grande ... O tal vez es grande ... Una semana. El lunes se muda un edificio, el miércoles el segundo, el viernes el tercero. Todo el mundo hablará de ello. La empresa llegará a la cima, se convertirá en un monopolio.

Dentro de un año, Mienkom determinará el precio de la vivienda en la capital, no algún mercado".

Lo que sugería este joven irlandés tenía sentido, pensó Vladimir Arkadievich. La campaña publicitaria en tal caso podía, en efecto, construirse muy convenientemente para él: tres objetos de tal clase en una semana era algo que nunca había sucedido. Y era bastante realista sacar dos de ellos en las condiciones generales, pero el tercero, el de la ciudad... La comisión estatal acababa de empezar allí, y tardaría 3-4 meses; reducir este plazo a 1 mes significaría dar tanto dinero a tanta gente que el riesgo se volvía no tanto alto como fatal.

Los sobornos eran habituales en este negocio, pero una cosa era pagar para que nadie se metiera en líos y otra muy distinta contratar a las mismas personas para acelerar el proceso hasta el nivel de aprobación en la Casa de Gobierno. Si

uno de ellos se niega, en lugar de acelerar los plazos de la comisión estatal, se pueden conseguir plazos penales, y quién sabe lo que podrían conseguir las más altas instancias del Ministerio de Desarrollo Económico.

"No, Gustav. – respondió el anciano. – Supongo que sabrás que a la urbanización "Casa en el terraplén" no le dará tiempo a pasar la GC por estas fechas. De tres a cuatro meses. Es demasiado peligroso acelerar. Detengámonos en dos objetos".

"De acuerdo. Sólo ofrecí una sugerencia. – Gustav asintió. – 2 de 3 no está mal.

Algún tipo de legado será bastante soportable incluso con eso".

Gustav sabía qué matar en este hombre. Tenía una hija, inteligente y calculadora, a la que deseaba legar su imperio. Mientras ella había estado estudiando en Inglaterra, y ahora había llegado tras el fin de la sesión; en seis meses se esperaba que Mienkom floreciera, y la dirección de la empresa debía pasar a sus manos, aunque fuera nominalmente. Y, por supuesto, querían entregarle algo más que una empresa próspera. Vladimir Arkadyevich llevaba mucho tiempo pensando en ello, pero no había nada en lo que avanzar, ningún lugar en el que dar el salto que llevaría a la empresa de ser la primera entre iguales a líder indiscutible. Su nuevo asesor le había mostrado esa posibilidad hacía unos minutos.

\*\*\*

Por la noche, Gustav tenía que ir a Shambala, un club nocturno del suroeste de la capital, donde tenía una cita con Oksana, antigua modelo de una revista de moda y ahora agente inmobiliaria de Smart House, una agencia de viviendas de lujo. Oksana vendía pisos del mismo modo que vendía su cuerpo en las fotos. Y aunque la mayoría de los clientes hacían tratos a través de ella porque querían hablar con la elegante tía buena, cabe destacar que sabía mucho de viviendas de lujo, y podía mostrar un piso como si fuera a montar una fiesta en él con lo que iba a venir después.

Decía abiertamente que nunca se había acostado con un solo cliente, sino que sólo lo insinuaba. Le encantaba la forma en que los hombres miraban sus tacones de aguja, sus largas piernas, su culo con los ojos, queriendo complacerla, sólo para mirarla más allá, perdiendo su tren racional de pensamiento.

A ella misma le interesaban los hombres como Gustave: guapo, inteligente y capaz de mantenerse firme, no de babear en presencia de una mujer como ella.

Hoy esperaba deslumbrarle. Un vestido rojo brillante, dejando al descubierto sus hombros y con un corte desde la rodilla hasta el muslo. Con su plan, él no iba a poder resistirse.

Les reservó una sala privada en la primera planta: un sofá largo, una mesa, ventanas de cristal con vistas a la pista de baile y al karaoke.

Estaban los dos solos. Gustav estaba sentado en el sofá y Oksana tenía un micrófono delante. Ya había dicho varias veces que aún no estaba preparada para cantar esa canción, pero después de beberse casi una botella entera de Asti Martini, puso la canción "Sun" de Ani Lorak.

"...es como separarte de tu alma – Vivir sin ti..."

Oksana cantó. Pensó que era perfecta para la canción. Tienes que estar en el estado de ánimo adecuado para decir esas palabras. Y su aspecto, también.

Pensaba que era perfecta, sobre todo sus piernas. A menudo le gustaba decirse a sí misma, y a veces en voz alta, que quizá tenía mal carácter, pero que tenía unas piernas preciosas. Terminó de cantar y se sentó junto a Gustav. Estaba completamente tranquilo, como si lo que acababa de ocurrir no le afectara personalmente, como si estuviera evaluando a una actriz en una audición.

Colocando la mano en el respaldo del sofá y tocando ligeramente el hombro de ella, Gustav acercó los labios a su oído y le dijo suavemente: "¿Y cantas a menudo esta canción?"

"No." Oksana sonrió ligeramente, sin girar la cabeza. – Muy pocas veces... Es mi favorita".

– ¿Sólo en ocasiones especiales? ¿O cuando le apetece?"

"En ocasiones especiales, cuando me apetece". – Ella asintió, sonrió y giró la cabeza. Sus ojos brillaban de deseo, como si estuviera dispuesta a desgarrar aquel precioso vestido, a aferrarse a él, a aferrarse a él y no soltarlo hasta poseerlo.

Me ha gustado". – dijo Gustav afirmativa y tranquilamente. – Háblame de ti, Oksan. ¿Por qué te gustan tanto los clubes?"

– No sé... Aquí te sientes libre. Puedes hacer lo que quieras... Cada uno es lo suyo... Salgo a dar un salto.

– Supongo que mis padres siempre estuvieron luchando.....

– ¡Sí! Pero rápidamente se acostumbraron a mi temperamento.

– ¿Cuál es?"

– Enfadada. Sí, enfadada. Todo el mundo solía preguntarme por qué rompí con mi novio. Yo decía: "Bueno, ¿te gustaría que tu otra mitad llegara borracha a casa a las 3:00 de la mañana?". Todos decían: "No". Yo decía: "Bueno, a él tampoco le gustaba".

– Sí. Francamente.

– Lo que hay es lo que hay.

Hablaba con el corazón. Como una asesina, siempre escondiéndose y encontrando a alguien a quien desahogarse. Por otra parte, era evidente que se justificaba de cara al futuro. Para no tener que disculparse después por su comportamiento, sino simplemente decir: "Te lo advertí, soy así".

Gustav no había conocido a muchos de estos, pero ahora ya sabía qué hacer con ella, sólo le quedaba averiguar contra qué debía hacerlo.

"¿Qué es lo que más temes?" – Me preguntó.

"Tormentas eléctricas. Truenos y relámpagos. Necesito que alguien esté a mi lado". – sonaba muy seria. Claramente, no era el tipo de miedo que la paralizaba o le hacía perder la cabeza, pero definitivamente era el tipo de miedo que la desequilibraba.

Oksana volvió a mirarle a los ojos, sus brazos rodearon suavemente su cuello, la pierna más cercana a él subió lenta y suavemente a su regazo.

"¿Cantarás algo?" – Preguntó la chica.

"No, pero ya sabes... Podríamos ir saltando". Sonrió y soltó una ligera risita: "¡Vamos, Goose!".

Ya le había dicho a Gustav que conocía a mucha gente en los clubes, y especialmente en éste. Y esta vez ya había hablado con el encargado, el camarero, la camarera, se había enterado de cómo iban las cosas, quién estaba dónde, quién era el DJ, y luego lo había expresado todo en voz alta.

Resultó que las personas a las que le habría gustado ver no estaban hoy aquí. No le gustaba Pablo, el nuevo dueño del local, cuya arrogancia había hecho que mucha gente dejara de venir, pero le conocía bien y desde hacía mucho tiempo.

Después de bailar un rato, se sentaron en uno de los sofás del centro de la sala.

Al cabo de un minuto, ella gritó a alguien que pasaba por allí, él se acercó y se dieron un ligero beso en los labios, tras lo cual siguió su camino.

"Es Pablo", anunció Oksana. Era obvio que había bebido suficiente alcohol, y en tal estado podía hacer estupideces evidentes.

Gustav no recordaba lo que ella le había contado sobre aquel hombre hacía cinco o diez minutos, sobre su actitud hacia él y los epítetos que había utilizado para describirlo. Era demasiado pronto, pero estaba claro que había que ir en esa dirección, ya que ella se estaba preparando con tanta astucia.

"Ah, el dueño". – dijo Gustav. – ¿Por qué le cae mal a tanta gente?". "Bueno, solía ser uno de los suyos. Ya sabes, cuando apenas había dinero y

todos intentaban apoyarse mutuamente. Todavía lo hacen ahora. Y él lo es. Sólo tuvo suerte una vez en su vida. Fue un accidente. Acaba de casarse. Suerte de dinero, quiero decir. Tenía mucho dinero. Compró este club... Y empezó a actuar como si fuera mejor que ellos. Y todos recuerdan quién es, de dónde viene, qué clase de hombre es, cuánto vale. Se acostumbraron a comunicarse con él en igualdad de condiciones, así que ahora no vienen aquí. En general, es una historia bastante estándar.

– Ha cambiado.

– Sí. Supongo que sí. O tal vez ha sido así todo el tiempo y ahora se muestra más claramente... ¿Te ha cambiado el dinero?

– Para nada. Es estúpido para mí. Cambiar por dinero.

– ¿Por qué?

– Porque, zorra, te mereces lo que te voy a hacer. – Gustav pensó con rabia y dijo

– Porque todo parte del hecho de que un hombre quiere dinero para conseguir alguno de sus objetivos, y en este caso el dinero es sólo un medio para él. Incluso cuando una persona, que todavía no tiene dinero, quiere conseguirlo, en realidad quiere otra cosa. Quiere riqueza material. Y esto está muy lejos del dinero. Incluso en este caso el dinero es solo un medio. Pero cuando consiguen este medio, muchas personas se pierden. Se olvidan de lo que quieren, se olvidan de la meta y empiezan a pensar en el dinero. Solo dinero.

– Sí. Ojalá hubiera más. – Oksana asintió.

– Para no perderlos. En realidad, para no perderlos... La gente no quiere volver atrás en el tiempo después. Así que intentan conseguir más dinero. Como si eso les alejara de la época en que les faltaba dinero.

– ¿Y por qué dices que el dinero está muy remotamente relacionado con la riqueza material? No lo entiendo.

– El sentido de la palabra afluencia... Es diferente para cada uno. Menos y más es igual de malo. Si necesitas un piso de dos habitaciones, vive en él; si necesitas una casa de una planta, ya está. Coches, casas... es como la talla de la ropa. No vayas

solo en un barco con 20 remos: no te las arreglarás, mejor coge un barco pequeño. Eso es la riqueza. Y cuando un hombre tiene verdadera prosperidad, piensa con claridad, sabe lo que necesita. Está en su sitio. Y pocas personas saben cómo administrar el dinero extra.

– ¡¿Cómo es eso redundante?!

– Te confunde esa palabra en relación con el dinero, ¿verdad?

– Sí, lo estás.

– Confunde a mucha gente. Por la razón de que la mayoría no sabe cómo gastarlo.

– No estoy de acuerdo. La gente sólo quiere más de lo que puede comprar. Eso es todo.

– Sí. "Querer" es una palabra muy interesante... Es una palabra muy caprichosa.

¿Has visto cuánta gente anda por ahí con iPhones? ¿Y ganan 30.000 dólares al mes? ¿Para qué lo necesitan? Es sólo un juguete. O lo que conducen. 2 o 3 millones, 2 o 3 millones de coches a crédito. Es el mismo juguete, sólo que más grande. Y no son capaces de pensar cuánto pagan de más por un préstamo o la reparación de un coche caro... Sólo querían comprar "eso". Me gustó el modelo... La gente siempre compra lo justo, y luego intenta justificarse ante sí misma y ante los demás de que hizo lo correcto.

– Hablas como si vieras a través de la gente. ¿Y si no lo hicieran? ¿Y si realmente quisieran comprarlo?

– Claro que sí. Esa es la diferencia. La diferencia entre "querer" y "necesitar". Te das cuenta cuando lo ves a gran escala. Entonces es grotesco. Una vez estuve en un espectáculo aéreo en Francia. Me pagaban para asesorar sobre equipos militares, tratos con ellos y, lo más importante, para asegurarme de que esos tratos fueran rentables. Tuve que ayudar a un jeque árabe a comprar helicópteros polivalentes. Él no me contrató. En Arabia Saudí, a pesar del poder y el sistema aparentemente monolíticos, tienen sus propios grupos dentro. No es que sean rivales, sino que tienen intereses económicos diferentes. Son del mismo tipo, pero, convencionalmente, en lugares diferentes, como si fueran bolsillos. Uno de estos grupos trabajaba con Lockheed Martin y me pagaba para convencerle de que comprara sus helicópteros. Ya ves, se le dio el trabajo de sólo elegir los mejores, él no sabía nada acerca de ellos. Y yo le convencí de que Lockheed Martin era el mejor. Y él estuvo de acuerdo con eso. Pero él quería, quería comprar otro.

– ¿Así que no compró el que le aconsejaste?

– No compró helicópteros en absoluto. Le gustaban los NURS, sistemas de cohetes no guiados de fabricación rusa. Simplemente impresionado. Y se apuntó a un gran cargamento de ellos. Sólo compró 10 helicópteros LM en lugar de los 70 que necesitaba.

– Sí. Es raro.

– Pues sí. Pero lo más extraño es que muchas compras se hacen tontamente.

Porque simplemente les gusta. Y cuanto mayor es el negocio, más intentan demostrar que era necesario... De ahí la distancia entre dinero y riqueza. Confunde la mente. – Gustav, por supuesto, no dijo lo más importante. Que fue él quien aconsejó cumplir la instalación de Riad sólo nominalmente, para demostrar a todos quién es el amo en la casa. A su llegada a casa, el príncipe cayó en desgracia, y su influencia fue tomada por alguien que llevaba varios años bajo la gorra del irlandés. Así, Gustav se hizo con una parte del mercado del transporte y la logística en otro país árabe.

En ese momento, Pablo volvió a pasar junto a ellos en dirección opuesta y se detuvo junto a la pared frente a ellos. No cabía duda de que estaba mirando a Oksana, y su sentimiento bestial, su deseo de poseer a alguien en aquel momento, salía a relucir, tiñendo sus ojos del color acre y brillante de quien se siente cazador.

En el caso de Oksana, Gustav sintió una vívida emoción, una embriagadora inercia a entregarse a alguien, alguien que la tomaría ahora, y la tomaría agresivamente, de modo que no cabía pensar en resistirse.

"Vamos a bailar, Goose", dijo la chica.

Gustav ni siquiera la miró; como si no estuviera realmente interesado, como si ella hubiera debido sugerir otra cosa: "Baila, Oksan. Me sentaré un rato.

Descansaré un rato".

Era ruidoso como debe ser una discoteca; todo traqueteaba y el ambiente no invitaba a otra cosa que a desconectar el cerebro. Todo era muy ruidoso y brumoso.

Oksana se levantó del sofá y se dirigió a la pista de baile. Sus movimientos y su forma de estar entre la multitud al ritmo constantemente cambiante de la música demostraban que no sólo estaba acostumbrada a ese ambiente, sino que además era muy agradable. Bailaba de tal manera que me daban ganas de abrazarla, acurrucarme y sentir sus movimientos sobre mí.

Al cabo de medio minuto, Pablo se acercó a ella y, rodeándole la espalda con el brazo, le besó los labios. Como si quisiera absorber sus emociones y la euforia que la hizo saltar a la pista de baile. Luego apartó la mano y se alejó, hacia la barra.

Sonrió, se limpió la saliva de los labios con el dorso de la mano y siguió bailando.

"Listo belleza. Estamos listos para irnos". – Decidió Gustav y, tras poner un buen billete en la carta de vinos, caminó tranquilamente hacia la salida. No cabía duda del resultado de todas las acciones siguientes: pasara lo que pasara aquella noche, el estado de ánimo de la ex modelo sería repugnante por la mañana y, lo que era más importante, se culparía de todo lo que ocurriera en el mundo: esa sensación cuando quieres disculparte y arreglarlo todo, pero hay tanto que hacer que no puedes ponerte manos a la obra para empezar con nada, porque hagas lo que hagas, se te va a echar todo encima.

\*\*\*

Un minuto después, Gustav ya estaba al volante. Cuando después de tanto ruido te encuentras no sólo en silencio, sino en tu propio coche, llega una sensación de paz acompañada de un tremendo sentimiento de ti mismo, como si te hubieras cambiado la ropa de otra persona por la tuya propia.

Eran las cuatro de la madrugada y aún no había amanecido; la ciudad aún tenía un aire nocturno. Cuando salió del club, Gustav condujo hasta Southwest Prospect y se dirigió a la región, a una hora y media de distancia, a su casa, detrás del Pequeño Anillo Regional, en la autopista del Suroeste.

Era bueno pensar en momentos así. Sobre lo que fue, lo que será, lo que es ahora.

Le gustaba lo que le estaba pasando a la gente ahora. La época en que la sociedad de masas empezó a crear una corriente de pensamiento común para todos. Cada uno pensaba a su manera, sin dejar de pensar como los demás. Este juego con la mente subconsciente dentro de un gran número de personas.

Hace veinte años, existía una sociedad de consumo en la que todo el mundo tenía que tener una "cosa". Entonces esa cosa se hacía vieja, y empezaba la caza de una nueva "cosa". Ahora esto no es suficiente. Hay una crisis en la sociedad de consumo.

Todo el mundo necesita ser algo, ser alguien, significar algo para el mundo. O al menos considerarse como tal, creer que uno significa algo. Quizá sea por la demanda de mano de obra compleja. Quizá sea porque las cosas se han vuelto



gracias a la revolución de la información que supuso Internet. Pero la nueva subespecie de hombre era muy diferente de todas las que la habían precedido.

El hombre jugando. Una base postmaterialista de visión del mundo, en la que el concepto de juego de la vida no sólo empuja a la persona hacia adelante, sino que le hace disfrutar con lo que hace. Y no basta con que todo salga bien: hay que hacerlo bonito, crear una imagen creativa.

Por supuesto, no sin desventajas obvias. Y los nuevos "establos avileños" son un choque cultural en el que no hay un esbozo de estabilidad, esa misma estabilidad que no es más que una zona de confort en su esencia; pero hay una competencia cero que lo pone todo en cuestión y la necesidad de una trayectoria propia, en la que es necesaria una reflexión constante.

Habiéndose liberado de los grilletes de sus propias limitaciones, una vez contruidos para protegerse de su propia estupidez, un hombre se encontró frente a un espejo en un campo vacío, creyendo que era mejor, y sin darse cuenta de a lo que conduciría. Como esos países poseedores de armas nucleares; con histeria,

sangre y lágrimas, que las han buscado hasta el mismo momento de obtenerlas y con inquietud y pesadumbre en el alma desde el momento de su posesión, habiéndose ganado una enorme responsabilidad por los inocentes de todo el mundo y un tímido deseo de que todo vuelva a ser como antes para todos, con las consabidas guerras sanguinarias que todo lo matan y la primitiva comprensión de la vida humana como tal.

Todo esto dio lugar a la frase "Ningún conocimiento ahora es conocimiento en el 'sentido antiguo', donde 'saber' es estar seguro". Y gustó especialmente a los políticos.

Un mundo hecho enteramente de suposiciones te permitía moldear esas suposiciones a tu antojo, independientemente de tus acciones; de hecho, podías hacer cualquier cosa, siempre que se presentara correctamente. Exactamente presentado. Hace veinte o cincuenta años, tenías que demostrar o justificar algo, pero ahora bastaba con presentarlo, presentarlo de tal manera que se percibiera como necesitabas que se percibiera.

Gustav estaba mucho más interesado en este ambiente. Las personas que son más responsables de sí mismas son mucho más difíciles de destruir, de llevar a un estado de desesperación, de quitarles lo último. Al fin y al cabo, una persona ya no tiene un único pilar de todo, como ocurre con los creyentes o los nacionalistas.

Cuando una persona atribuye todo lo que le sucede sólo a su propia zona de responsabilidad, cuando conoce el precio de un error, cuando está dispuesta a corregir este error en cuanto se da cuenta de él, entonces se convierte no sólo en un hombre, sino en una máquina vital para alcanzar el objetivo. Se convierte en un cazador voluntarioso con un propósito en la vida. E incluso con las habilidades de Gustav y sus siglos de experiencia, tenía que actuar de forma cada vez menos convencional, como si se aferrara a los hilos de los errores de los demás, y cada vez era más pesado que antes.

Katherine, por ejemplo, era la más fácil de tratar, aunque al principio se suponía que era la dura, pero su actitud hacia los animales la defraudó.

Natalie, a quien Gustave había matado recientemente, estuvo a la altura de las expectativas, mostrándose dispuesta a confiar demasiado en un hombre extraño, creyendo en algunas "señales" de su destino, mientras recordaba constantemente a cuántas personas había limpiado los pies antes simplemente porque podía hacerlo impunemente, y lo hacía con una satisfacción por su propia belleza que le resultaba incomprensible.

Vladimir Arkadyevich tenía experiencia, pero era viejo. No había que "leerle" ni inventar combinaciones. Sólo había que esperar su error, como el que se forma en cualquiera si no duermes durante mucho tiempo o lo haces todo tú mismo. Y su principal enemigo, el cansancio, nunca aparecía

directamente y le recordaba a sí mismo. Un enemigo así siempre está preparado y, por tanto, siempre gana.

La única de estas últimas con la que se podía actuar según las normas era Oksana. Pero eso es sólo suerte con el alcohol. Cuando hay alcohol de por medio, ya no hay lugar para la persona que interpreta, ni responsabilidad por su imagen y capacidad de tener un punto. Es como si una persona entrara en la edad de piedra de las necesidades primarias y volviera de allí como de un pozo negro, insegura no sólo de si será bienvenida de nuevo, sino de si ella misma se lo merece.

"Las peticiones" para tal regreso las esperaba Gustav en algún momento de la tarde o cerca de la noche, pero ciertamente en este día.

A las cinco de la mañana, el irlandés había llegado al centro regional. Su casa estaba situada en un denso bosque, en la carretera de la aldea rural "Grafskaya Usadba". Al principio había considerado la posibilidad de instalarse allí, en la parte elitista, donde las casas se alzaban casi en el bosque, separadas por frecuentes árboles y separadas de la otra parte del asentamiento por tres estanques, pero se sintió ligeramente sacudido por el hecho inevitable de la vecindad con la gente.

Después de haber estado en Francia en la primera mitad del siglo XVIII, vivía en un suburbio de París. Había muchas oportunidades para la seducción en la corte, y el romanticismo de la época era más profundo y refinado en su esencia. Una de sus amantes, con el corazón destrozado, no se suicidó envenenándose en casa ni se ahogó en el Sena, sino que se ahorcó justo delante de su casa y de forma que fuera claramente visible para todos. Por supuesto, no hubo consecuencias para él, aunque un día después los parientes de la chica, al darse cuenta de lo que pasaba, se presentaron en su casa con la intención de despedazarlo y ahorcarlo en el mismo lugar donde ella se había ahorcado. Para entonces Gustav ya se había marchado, recordando bien que en su caso era necesario vivir apartado de todo el mundo, o al menos en un lugar donde los vecinos estuvieran aislados unos de otros por los muros de hormigón de una jungla de piedra.

Esta vez eligió la primera opción y quedó muy satisfecho: tenía su propia casa con suministro eléctrico autónomo y sistema de depuración de agua, sólo dos plantas con techos de 4 metros de altura y ventanas de suelo a techo, de modo que desde la primera planta se podía contemplar el bosque con ojo de cazador. En

los bordes de la casa había dos dependencias. La primera era una torre, cuyo último piso alcanzaba tal altura que desde las ventanas panorámicas se podían ver las copas de los árboles extendiéndose como un mar verde brotando al viento: una vista así le daba a Gustav nuevos pensamientos y nuevas posibilidades.

También era el lugar más agradable para disfrutar del sufrimiento ajeno, para recordar los pasos correctos, las metas alcanzadas, y los bordes de los árboles parecían estar de acuerdo con él, asintiendo con la cabeza y confirmando cada pensamiento.

El segundo anexo no parecía más grande que un granero desde fuera, pero sólo era una entrada. Bajo tierra había dos plantas más, ambas negras como la noche y llenas de todo tipo de equipamiento. La minúscula primera planta era una habitación individual con un sofá chester de cuero negro en el centro. Era un buen lugar para la soledad, cuando algún proceso sólo necesitaba esperar o pensar en algo nuevo, porque las mazmorras daban las ideas más exquisitas y extraordinarias y las formas de su realización, y a veces era incluso sorprendente la diferencia que podía haber en el curso del pensamiento sólo por el lugar donde éste se originaba: la oscuridad hacía el pensamiento más rico, más libre y le permitía hacer cualquier cosa.

Y también necesitaba este búnker para el tratamiento, y tenía que tratarlo a fondo... Dolores de cabeza. Cuando sucedía, tu cerebro simplemente explotaba y podías volverte loco. Y podía durar un día o varios días seguidos o una semana, y cuando terminaba, era difícil pensar o pensar en algo, pensar en absoluto, o moverte de un sitio a otro, como si tuvieras que aprenderlo todo de nuevo.

La razón era la misma que la necesidad de Gustav, sólo que a la inversa. No podía vivir sin el sufrimiento de los demás, objetivamente construido sobre su propia culpa interior, pero ese sufrimiento no debía ser excesivo. Como una sobredosis o una intoxicación ética, como un exceso de vitaminas o una alergia a un alimento favorito que uno consumía antes desmesuradamente. Y fue precisamente cuando los éxitos de Gustav fueron desproporcionados cuando él mismo empezó a dolerse. Por supuesto, no era el alma, ni el vacío en el pecho, ni la desesperanza, ni la pérdida del sentido de la vida, pero este dolor en su cabeza se hizo más real y natural que la salida del sol por la mañana o el frío glacial para un oso polar.

Había notado esta peculiaridad de su organismo hacía mucho tiempo: en 1648, cuando un pueblo alemán celebraba el final de la Guerra de los Treinta Años, el

primer conflicto paneuropeo. Gustav sedujo y llevó al suicidio alternativamente a ocho chicas en sólo dos días: el regocijo general era tan grande que cada uno quería su propia felicidad, así que fue mucho más fácil y rápido de lo habitual. Al cabo de un día Gustav empezó a tener manchas blancas en los ojos, es decir, no le pasaba nada, pero había una mancha blanca en el lugar donde miraban. Y una extraña sensación de debilidad, como si el cuerpo se hubiera debilitado a propósito, a punto de rendirse ante la dolencia. Entonces las manchas anteriores desaparecieron, y comenzó el dolor – parecía que había llegado la hora de morir, parecía que el castigo había llegado por fin, y todo habría terminado. Y se acabó – se acabó el dolor, y Gustav se dio cuenta de que sólo era el precio de la codicia, del tiempo que había que contar; que incluso para él había límites y una cierta línea. Ahora lo sabía bien, aunque no conocía los límites exactos de lo que era permisible: tal vez el sufrimiento de otra persona era más profundo, o tal vez el sufrimiento de la muerte de otra persona era mayor que el sufrimiento de su propia pérdida. Gustav no sabía cómo medirlo, y a veces sólo quería más, así que rompía sus propias prohibiciones, sufriendo él mismo de saciedad. Había un búnker para eso.

Tras meter el coche en el garaje integrado en el edificio principal, Gustav subió al primer piso. Cuando vio sus nuevos zapatos Carlo Pasolini, recordó que hacía poco que el cachorro de labrador que había regalado ayer a Catherine estaba tumbado en ellos, esperándole. Era el primer animal que vivía con él en la misma habitación durante un tiempo. Su actitud hacia los animales era algo diferente de la que tenía hacia las personas: los animales siempre muestran sus intenciones directamente, completamente desprovistos de los conceptos de verdad y falsedad, teniendo sólo "dado", es decir, "tal cual": amar, odiar, atacar, defenderse, querer comer o dormir, o tal vez jugar. Los animales no ocultan nada y lo muestran todo, y sólo en proporción a lo que realmente experimentan. Por eso el irlandés les tenía un gran respeto.

Mientras había estado en la casa, no había hecho otra cosa que intentar complacerle, y durante todo el tiempo que había estado fuera sólo había mordido el único zapato que se había reservado para ese fin, y no había tocado nada más. Gustav sabía lo que era para los animales a una edad temprana, cómo era la dentición, su principal arma, y lo importante que era para ellos, sobre todo a esa edad, no quedarse solos. Sobre todo porque esta cachorra de color castaño era la labradora más simpática y solitaria del mundo.

Al otro lado de la ventana soplaban el viento, y una hilera de ramas pasaba junto a las ventanas de la casa, como para saludar al anfitrión que regresaba.

Este movimiento de los árboles trajo de inmediato a Gustav a sus pensamientos – la "mayoría silenciosa", hoy en día se llama así. Y esta mayoría estaba formada por el hecho de que todo el mundo empezaba a ser reflexivo en la comunicación, y a construir su imagen en la sociedad; el relativismo en la visión del mundo, el mismo relativismo, cuando se puede cuestionar absolutamente todo, incluso lo que en su día se fijó como dogma. Y encima, la semántica del juego, en la que cualquier significado tiene un sentido de juego que hay que adivinar, pero cada uno puede hacerlo a su manera. Y la cultura

del clip, en la que el desarrollo de la cognición va de la mano del desarrollo de la opinión evaluativa, estrechamente construida por una multitud de clips cortos, coloridos y cambiantes.

Así, la "mayoría silenciosa" ha elegido dos interesantes vías para su existencia: o bien un retorno a la cultura confesional, en la que muchas cosas vuelven a adquirir contornos brillantes, tras haber formado un "colchón de seguridad", o bien un renacimiento de las tradiciones etnoculturales, en cuyo marco no sólo será agradable modelar lo nuevo, sino también mirar lo antiguo con interés y respeto, lo que dará confianza y orgullo en el propio "yo".

En ese momento, incluso nació un nuevo concepto: "emergencia": las propiedades de todo el sistema no como una suma. Al fin y al cabo, también es más claro y lógico cuando los jefes indios vuelven a casa en todoterreno después de realizar todos los rituales, que pueden tener más de mil años de antigüedad; o cuando el nuevo smartphone de un estudiante de la capital está pintado con motivos rusos antiguos, y cuando bebe leche con miel en lugar de antibióticos de la 3ª o 4ª generación; o cuando la casa de campo de un empresario recién acuñado está hecha sin un solo clavo, tal y como se construyó hace 800 años.

Todo lo demás puede parecer modernidad, pero un trozo de lo antiguo ha resultado muy agradable ponerlo en el conjunto, sin unirlo al todo, como si no completara el cuadro, sino que creara uno nuevo, junto al existente, pero de tamaño mucho menor, que hace la vida más completa.

"Los nuevos juguetes resultaron ser mucho más interesantes y, sobre todo, más peligrosos que los antiguos. – pensó Gustav. – Ahora no está claro para todo el mundo dónde están los juguetes y dónde estás tú. Es como si tú mismo te hubieras convertido en un juguete.

Era mucho más divertido jugar con estos juguetes, y uno de ellos me estaba llamando. Oksana. Por supuesto que no cogió el teléfono. ¿Qué sentido tenía coger el teléfono?

De todos modos, no le iba a decir nada original ni nuevo: era bastante fácil describir su línea de pensamiento en ese estado.

En primer lugar, el alcohol le hizo pensar en términos de un "ahora-ahora" constante, cuya frecuencia de repetición es tan grande como la duración de su existencia, de modo que el tiempo deja de tener intervalos más o menos distinguibles.

En segundo lugar, el ambiente circundante en forma de bacanal discoteca con estruendo ensordecedor insaciable disuelve por completo la personalidad y el deseo de decidir algo – sólo quiere moverse en el aparentemente de la mirada de ella, pero inútil en su esencia, el ritmo general de la ola furiosa en un lugar vacío.

Y en tercer lugar, no se fijaron metas ni objetivos visibles o invisibles cuando fueron allí. Simplemente fueron juntos a mirarse. Y Oksana demostró lo que era: sin principios, voluntariosa y fracasada como persona. Esto último era especialmente mortificante, y era lo que la iba a hacer sufrir ahora, sobre todo cuando se le pasara la borrachera.

No llamó durante mucho tiempo y sólo una vez. Al parecer, tampoco era fácil escuchar el timbre silencioso. Me pregunté si quería disculparse por algo o simplemente decir que el tipo quería follársela.

No importaba, aunque era interesante. Lo que importaba era lo que oiría pasado mañana. Pasado mañana, cuando no sufriera una intoxicación etílica y fuera el momento de pensar en su relación.

Gustav subió a la torre desde donde tenía su vista favorita de las "olas del bosque" y contempló el crepúsculo: las copas verdes de los árboles habían tomado forma, mostrando todo el viento relativamente fuerte que soplabla. Si mirabas las copas de los árboles a lo lejos, te daba la impresión de que sólo tú sabías cómo se sentía ese árbol, e incluso mejor que él. Veías cómo y qué influía en él, en qué dirección oscilaría ahora y qué le esperaba después. Todo esto era sólo conocimiento, no influencia: en el caso de los árboles no importaba, pero en el caso de las personas ese conocimiento daba verdadero poder. Si le demostrabas a un hombre que algo te interesaba, le crecían las orejas.

Sólo era necesario darle un par de buenos consejos o las palabras justas, y se convertía en tu amigo, olvidando que sólo otra persona y nadie más puede ser su enemigo más

peligroso. Si aprobabas esta amistad, él se abría, dándote oportunidades completamente inmerecidas para su propia destrucción.

Y, sobre todo, a Gustav le sorprendieron dos rasgos absolutamente opuestos del hombre: por un lado, su insensata ingenuidad y confianza y, por otro, su despiadada crueldad e hipocresía. Estas dos cualidades parecían estar reclutando cada una de ellas al equipo de la realidad circundante, y las características de tal selección, ya fuera en un solo individuo o en toda una civilización, podían cambiar con asombrosa rapidez y avidez, pasando de un extremo a otro.

\*\*\*

Vincent, un amigo reciente de Gustav, iba a visitarle esa tarde, y con él discutían de vez en cuando las cosas que rondaban la mente de todo hombre. Normalmente hablaban mirando la oscuridad del bosque desde el primer piso de la mansión.

"Vin, ¿cuáles dirías que son los principales rasgos distintivos de la etapa actual de la humanidad? Bueno, para la sociedad, para las personas como sociedad", preguntó Gustav.

Vincent, que al parecer no se esperaba una pregunta sobre algo general y no sobre una persona como tal, ni siquiera dio muestras de sentirse incómodo con tales preguntas, pero pensó: "Sabes, no se sabe muy bien. ¿Quizá latencia? La búsqueda del equilibrio. Los pueblos antiguos no tenían eso. Tampoco en la Edad Media. Nadie pensaba en ninguna medida: se limitaban a tomar todo lo que podían en cada momento. Y siempre acababa mal. Con el paso del tiempo, esta codicia fue disminuyendo. Y ahora, aparentemente, hay algo que suprime esta codicia. La latencia. Aparentemente, tanto la sociedad como el estado la tienen.

Sólo que todos la tienen en diferentes grados.

– Es una buena observación. Antes se trataba de aprovechar al máximo las cosas.

Al menos en el ejemplo de las colonias. En la Antigüedad, las colonias sólo formaban parte de un Estado con un estatus especial basado principalmente en la lejanía. En la Edad Moderna, se llegó al punto de que una colonia podía incluso tener su propio rey convencional, y que el orden al mismo tiempo en distintas colonias de una misma metrópoli podía ser diferente. Y cuando terminó el sistema colonial, surgió el sistema de préstamos e inversiones globales. Cada vez más blando, sólo para agarrarse más fuerte.

– Sí, la verdad es que no se me había ocurrido... Aunque lo que has dicho de los préstamos está, por supuesto, brillantemente hecho. Lleva funcionando más de

medio siglo, desde que Estados Unidos empezó a aplicar el Plan Marshall: préstamos a quienes renunciaran al comunismo. Aquí tenéis un préstamo, pero gastadlo donde queramos, en una fábrica que produzca lo que necesitamos y lo venda al precio que nos digamos. Y el préstamo en sí: "¿Cuánto debemos? ¿2.000 millones? ¿No hay dinero? Paga 2 y medio el año que viene. ¿Otra vez sin dinero? Paga el año que viene 3 y medio". Entonces llega al poder alguien que no quiere hacer lo que dicen, y le dicen: "Paga ahora". El país atraviesa una crisis, entra en default, y luego un nuevo gobierno. El nuevo gobierno resulta ser "más inteligente", y también les permiten no pagar sus deudas a tiempo, simplemente aumentándolas cada año, hasta que entra alguien nuevo e intransigente. Creo que es muy sencillo. E ingenioso.

Gustav sonrió. Le gustaba este enfoque de las cosas. Siempre le había gustado: tanto si alguien te convenía como si no, fíjate siempre en cómo hace algo.

Aprende, no envidies. Es mucho más útil y productivo.

Dices eso de los americanos. – dijo Gustav, volviendo los ojos con interés de las copas de los árboles a su interlocutor. – Como si les aconsejaras sobre estos asuntos".

El español sonreía, sus rasgos morenos brillaban ligeramente, pero conservaban cierta rudeza masculina; sin duda era popular entre las mujeres: pelo negro, casi tan negro como la tierra, modales llenos de tacto, de carácter sorprendentemente preciso y rápido, y muy exitoso, que no dejaba lugar a dudas sobre la legalidad de sus ingresos ilegales.

"Gustav, tú recuerdas lo que yo hago... Mi padre hizo lo mismo con Franco – el dictador siempre tuvo problemas con sus vecinos y con todos los que le rodeaban, especialmente después de convertirse en el único tirano de Europa Occidental, y antes había cooperado con los nazis, no todos estaban seguros de quererle en su lugar... Pero había que sobrevivir..." Vincent movió una ceja, como intentando confirmar su pensamiento con algo más que palabras, y luego continuó: "No se puede sobrevivir sin petróleo en el mundo moderno, sabes, y es una mercancía muy rápida, una mercancía comerciable – cuanto más viva la economía, más rápido se lo come, nadie pensó nunca en la población... Así que eso es lo que estoy diciendo. Desde fuera, parece muy vago que se puedan mantener unos transportes de izquierdas durante mucho tiempo y de forma estable, pero no es así. Y "no es así" en todas partes: cualquier cosa, cualquier proceso, aparentemente impermanente, puede llegar a serlo. Y, créanme, con el tiempo, cuando se resuelve

y se ajusta todo, el contrabando es mucho más fácil y rápido que el hacinamiento y el jugueteo de rellenar declaraciones y pasar inspecciones aduaneras. Y el mejor ejemplo es el flujo de drogas de América Latina a Estados Unidos. Parece que la cogen en contenedores a lo largo de toda la ruta y la estrangulan en los lugares de producción, pero no por ello se hace menos... En realidad, lo que digo. Los estadounidenses. Son odiados en todo el planeta, supongo. Es como si se comportaran desafiantemente, viven a expensas de los demás. Bueno, eso es cierto, por supuesto, pero no acaba de caer del cielo. Todo vino de su sistema.

Sistema, eso es lo que estoy diciendo. Todo se hace "científicamente", digamos. Como el Imperio Romano solía ser. Como McDonald's ahora. Es muy sencillo, muy claro, muy bien trabajado. Y, lo más importante, hay reglas generales que hay que respetar. Por ejemplo, en el sistema de gobierno de Estados Unidos, ese sistema se llama sistema de "frenos y contrapesos": un órgano no deja que el otro sobrepase sus límites, y todo el aparato del Estado está impregnado de esta manera. Lo mismo ocurre con el sistema judicial y con las elecciones. Por supuesto, no todo es perfecto, pero a nadie se le ha ocurrido uno mejor.

"Digna", asintió Gustav. El monólogo de su interlocutor le satisfacía claramente en la parte de la respuesta, y era evidente que ésta llevaba mucho tiempo formada, pensada, corregida, pero quizá sometida a alguien para que la evaluara por primera vez.

"Así que mi padre, cuando empezó a contrabandear crudo para Franco, también había oído bastante que sus volúmenes no llegarían a nada, porque sólo tenían sentido los volúmenes estatales a gran escala, posibles sólo por medios abiertos, y dijo que cualquier cosa sistémica importaba. Y resultó tener razón... Por supuesto, sus logros no cubrían todas las necesidades, pero era suficiente para sobrevivir en aquellas condiciones, sobre todo cuando sus métodos se aplicaban en distintas direcciones".

Esta vez el irlandés no dijo nada. Estaba claro que estaba de acuerdo. Sólo asintió: su interlocutor le había hecho reflexionar sobre lo que le faltaba en general. Sólo esa sistematicidad. Es decir, estaba ahí, por supuesto, en algún nivel, pero todo estaba fundamentado y desarrollado empíricamente, después de una serie de errores e ideas equivocadas. No había duda de la habilidad y capacidad de Gustav para manipular a la gente y provocar las situaciones necesarias, pero funcionaba caso por caso: no había un objetivo común ni una conexión en todo esto... Pero valía la pena hacerlo.

Gustav miró dentro del vaso: bourbon, un líquido marrón radiante, maíz dulce. Antes sólo había sido alcohol ilegal. De Kentucky. Luego se convirtió en Kentucky moonshine. Luego se convirtió en moonshine de Kentucky estacional de barriles de roble de Kentucky. Luego se llamó bourbon.

Sistémico. Esa es la razón por la que este alcohol se convirtió en bourbon, mientras que el de la vecina Virginia siguió siendo sólo un "de".

"Así que en EE.UU. todo es sistémico. – dijo el irlandés afirmativamente. – ¿Y qué explica esta selectividad en ellos. ¿Cayó del cielo?"

Vincent sonrió: "Si hubiera venido del cielo, amigo, no habría vivido más de una generación... Todo es muy atractivo, por supuesto, cuando las mejores cosas parecen venir de algún lugar de arriba, de las cumbres rebeldes, por así decirlo. Pero en esta vida es todo lo contrario. Todos los logros, todos los éxitos, todos los logros increíbles vienen del pozo. Si quieres, del pozo negro".

– ¡Ah, sí!

– Así es. – El español sonrió dulcemente una vez más. – ¿De dónde sacas a tus campeones de boxeo: de Brooklyn o de Disneylandia? ¿Los premios Nobel que crecieron en los suburbios de Malmö? ¿Los empresarios que crean imperios comerciales de la nada vienen de Bruselas y Hamburgo? No. Estas personas, en su inmensa mayoría, nacieron y se formaron en algún agujero infernal donde, en sentido figurado, ni siquiera te da la luz del sol si consigues un visado. Crecieron allí y decidieron que necesitaban algo más, y entonces le cogieron el gusto... Mira las biografías de las grandes personas: es un camino hacia la muerte, no un descenso del Olimpo a la gente para manifestarse."

– No está mal. No está nada mal. ¿Qué tiene que ver Estados Unidos con esto?

– Bueno, mira al principio, es un país de escoria. Cuando eran una colonia, era un lugar para mendigos, fugitivos, criminales, por supuesto, prostitutas y simples perdedores. Para empezar una nueva vida... como puedes ver, lo consiguieron. Y por una sencilla razón: ya han estado en el fondo para darse cuenta de una simple y única cosa: no pertenecen al fondo. Y también, como puedes ver ahora, ya están determinando dónde estará el fondo. De ahí viene la sistematicidad.

– De suciedad a príncipes, entonces.

– Es una fraseología rusa. Pero mira, incluso en esta expresión, hay algo despectivo. A los rusos no les gustan esas cosas. Necesitan: si naciste en un palacio, vives allí, si naciste comerciante, tienes que tirar de tu propio peso. Toda la vida. Una especie de fatalismo voluntario. Por un lado, es muy lúgubre pensar que

te vas a quedar ahí abajo, y la mayor parte es exactamente ahí. Y por otro lado – el alma está tranquila. No decides nada, así que mueres y vas al cielo. Esa es la esencia de la ortodoxia. En Occidente, ni siquiera piensan en tales cosas. Y si has conseguido algo por ti mismo, no eres "de la mugre a los príncipes", sino que eres un autodidacta, un hombre que se ha hecho a sí mismo. Y ahí causa respeto, no envidia callada.

Gustav sonrió: "¡Eres un rusófobo!" y se bebió el bourbon de un trago.

Vincent terminó su cuarto vaso: "La verdad es que me da igual cómo lo llames. No se puede cambiar a la gente, pero sí se puede aprender a entenderla mejor, y a saber con más precisión de dónde viene lo que hay en ella... Y ahora la tendencia principal es estar en la tendencia... La lúdica de la persona que juega. Cuando el beneficio del juego se convierte en un fin en sí mismo. El objetivo original era encontrarte a ti mismo en este juego, ser tú mismo... Pero la herramienta era tan dulce que sustituyó a la esencia misma de este juego. No es el juego para ti, sino que ahora tú eres para el juego. No eres tú mismo. Siempre estás en algo. Tu familia, o tu trabajo. Tal vez tus amigos. O tal vez en Dios. O en tus preocupaciones. Incluso si eres totalmente egoísta, no estás en ti mismo, entonces estás en un montón de pequeñas cosas que son para ti: trajes, coches, o tu propia cara. Cualquier cosa menos tú mismo. No puedes estar en ti mismo. Sería una clínica, un manicomio... Si estás en ti mismo... ¿Y por qué querrías estar en ti mismo? No eres el centro del universo, aunque quieras serlo. No quieres serlo, sólo crees que lo eres. No te das cuenta de lo que viene después, para qué sirve. Y este estúpido e inconsciente "yo lo quise así" sólo arruina hasta las personalidades más egocéntricas. Y no arruina desde el lado de los demás, sino desde el lado de uno mismo. Cuando

usted comienza a probar y justificar sus propias acciones, inventado no por ti mismo, pero sólo por ti mismo y hecho. Y sería bueno probarlo a alguien – te lo probaras a ti mismo, como defendiendo el hecho de tu existencia. Y cuanto más lo defiendas, menos de ti realmente hay.

Gustav nunca pensó en herir a ese hombre. O la muerte. Y no era que no se lo mereciera. Era sólo que el hombre era un gran conversador, algo así como él mismo. Destruirlo sería como calentar la estufa con un libro con su cara en la portada: podría calentarse, pero no habría suficiente del libro para todos, por no mencionar el hecho de que había mucho otro material más adecuado que el estructurado volumen de inteligentes pensamientos almacenados en papel. Y Vincent parecía darse cuenta de ello, no tanto de que no corría peligro, sino de

que su interlocutor era peligroso. Y no es que fuera atractivo en modo alguno, pero aumentaba el interés del asunto y le hacía querer hablar de cosas en las que normalmente no querría pensar.

La mayor similitud que tenían estaba en su enfoque. Ambos miraban a la gente como desde fuera. Normalmente miras a la gente que no está en tu vida, a la gente que sale en las noticias, a la gente que no te concierne en absoluto. Pero ellos miraban a todo el mundo de esa manera. Como si de alguna manera no tuvieran vida propia, como si nadie pudiera estar en ella.

Sin embargo, hay mucho más poder en la delicadeza. Incluso cuando se trata de objetos inanimados, tómate tu tiempo, sé tan oportuno y natural como el agua de un arroyo que llena un vasto lago o incluso un río que se convierte en mar. La corriente natural nunca encuentra resistencia, y si trata con algo sensible, esa cosa sensible considera su deber no sólo no entorpecerla, sino ayudarla. Tal ley natural original es preservar y mantener lo natural. Uno sólo tiene que pretender ser este natural, y puede considerarse un vencedor. Ya sea una persona, un estado, un sistema o una bebida alcohólica. Tal vez incluso un insecto, como la falsa reina de las hormigas, que sólo finge ser reina pero no cumple ninguna de sus funciones, y las hormigas la alimentarán y la vigilarán y harán lo que sea necesario para mantenerla viva, pero sin obtener nada a cambio. Y todo esto sólo porque ella es natural, ocupa naturalmente un lugar que no es el suyo y que no está hecho para ella.

Para Gustav se hizo necesario hablar de lo más antinatural que le ocurre a la gente: su deseo de separarse de su vida por voluntad propia. La necesidad de hablar del suicidio. Y fue como si Vincent supiera tanto sobre el suicidio, como si lo hubiera cometido más de una vez, y luego volviera atrás y escribiera sus memorias: "Sabes, en el mundo existe el turismo del suicidio... Bueno, algunos países tienen derecho a la eutanasia, otros no. Así que puedes venir al lugar donde lo hay, bueno, y hacer lo que quieras... En realidad, no es tan importante dónde mueras. Y aquí también hay especialistas adecuados... Métodos... Todo lo que necesites".

"¿Dónde hacen este tipo de cosas? ¿Suiza, por casualidad? Allí pueden coleccionar suicidas de todo el país para la selección nacional..." – Gustav sirvió otro trago de bourbon en su vaso.

– Sí, y allí. Ni siquiera sé dónde empezó. Pero está ahí. Mucha gente estaba en contra, y organizaron un referéndum. Pero nada ha cambiado. Todo el mundo tiene derecho a enviarse a sí mismo a la otra vida. Lo único de lo que no se darán

cuenta es de quién tiene derecho a ayudarles. Es un poco lúgubre, claro... Pero en México ni siquiera pensaron en prohibir nada. De hecho, allí no se preocupan mucho por la tecnología. Bueno, el servicio sigue siendo servicio, pero, como siempre, razonable... Se envenenan con pastillas. Es como un somnífero fuerte, te duermes y no despiertas. Es como si no murieras, sólo te duermes. Penobarbital. Excepto que no controlan la calidad en México. Un muerto no puede escribir una crítica de todos modos. No va a pedir que lo vuelvan a hacer. Y el hecho de que no sólo se durmiera, sino que se convulsionara y jadeara en busca de aire... que tragara aire con avidez, que buscara más, que saliera del otro mundo... que en realidad tratara de sobrevivir, habiendo estado antes tan ansioso por morir... Nadie lo dirá nunca..." Vincent bebió otro sorbo de whisky, luego miró el vaso: un vaso grande y fuerte, como un bloque de hielo a la luz de la luna que nunca había sido otra cosa en su

esencia. – Sabes, también existen esos lugares emblemáticos, como los rascacielos, desde los que, convencionalmente hablando, a la gente le gusta tirarse. Bueno, en Veliky Novgorod era una torre de vigas de acero en el terraplén cerca del Teatro Dramático. Un lugar un poco apocalíptico. Así que después de algunos incidentes fue simplemente desmantelada. Pero no se puede hacer lo mismo con el famoso puente colgante de San Francisco. Todavía están saltando en él. ¿Cuál es mi punto? Uno de ellos sobrevivió. Ya sabes, un suicidio fallido. Y luego dijo que cuando ya has saltado, en el momento en que estás volando, te das cuenta de que todos tus problemas tienen solución. Excepto uno. Que ya estás volando desde el puente..." Vincent dejó de hablar, volvió a mirar el vaso, bebió otro trago de whisky. Sí, era evidente que sabía todo lo que la mente humana podía saber sobre el suicidio.

Fuera de la ventana, los árboles temblaron de repente. El viento. Fuerte y racheado. Azotaba los árboles de un lado a otro y arremetía con la furia de los vikingos borrachos, como si algo de lo que acababa de decir tuviera que ver con él. Y Vincent lo sintió.

– No te lo tomes como algo personal. – dijo Gustav, sin apartar los ojos de las coronas que danzaban al unísono. – La gente tiende a tomarse los fenómenos naturales como algo personal... Antes era, por supuesto, más épico: eclipses, y tormentas eléctricas, y todo tipo de desastres naturales... incluso el cambio del día y la noche. Y ahora todo está comprobado. Y con una certeza tan frenética... Una vez estuve hablando con unos indios canadienses. La tribu aún vive en el bosque hoy en día. Por su cuenta. Y todos con las mismas ideas... Entonces, creían que el

Sol y la Luna son marido y mujer, y que los ven por turnos porque pasan uno al lado del otro para coger a su hijo en brazos. Entonces les pregunté qué ocurre en los momentos en que ninguno de los dos es visible, como cuando llueve. "Ambos tensan sus arcos", me dijeron, y cuando les pregunté por qué lo hacían, respondieron: "¿Cómo íbamos a saberlo?". ¿Te das cuenta de lo ingenuo que es eso? Es decir, hasta cierto punto están absolutamente seguros, a partir de cierto punto no saben nada, y pretenden que simplemente es así. Y aunque nada cambia realmente de sus suposiciones, les ayuda a vivir, condicionalmente hablando.

– ¿Por qué "convencionalmente hablando"?

– Sólo porque hasta cierto punto. Entonces alguien empieza a pensar, empieza a hacer preguntas. Y entonces empieza a estorbar... Los fenómenos naturales no necesitan ser comentados en absoluto. Están ahí y ya está. No expresan nada. Ni siquiera tienen esa capacidad. Si quieres estudiarlos, estúdialos. Pero no interpretes lo que hacen. Porque ni siquiera son acciones. Es sólo un hecho. Y no tratar de darle sentido es tan tonto como un rey persa hace unos miles de años pensando que castigaba al mar con látigos.

Vincent bebió lo que quedaba en su vaso: "Buen ejemplo. Tengo otro... En Egipto. Antes de cada crecida del Nilo. de la que, de hecho, dependía la supervivencia de todo aquel antiguo estado, el faraón promulgaba un decreto sobre la. al Nilo. Es decir, ordenaba que el río se desbordara para poder sembrar y cosechar... Es más interesante darle la vuelta al revés: creían que si no había orden del faraón, no habría desbordamiento del Nilo... Tirar una hoja enrollada de papiro al río y pensar que algo cambiaría a partir de ahí... Sí, es estúpido... Pero la gente siempre ha tenido miedo de la naturaleza. Y ha tenido aún más miedo de la gente que se cubre con la naturaleza, identificándola con ellos mismos. Y es poco probable que algo cambie. Demasiado hombre no significa nada para ella ni para los que se cubren con ella. Y es peculiar que un hombre tenga especial miedo no de alguien que es fuerte, sino de alguien para quien no significa nada, como si temiera ser aplastado como un insecto.

Con cada palabra, Gustav volvía a convencerse de que había mantenido vivo a aquel hombre por una razón, no para destruirlo. Dos años atrás, Gustav había viajado por las regiones del sudeste de Turquía, interesado por antiguas fortalezas en las rocas que parecían sacadas de una película de ciencia ficción. Por los mismos lugares, Vincent compraba petróleo de contrabando a Irak, sin importarle de quién procedía, adónde iba o quién ganaría dinero con él salvo él. Y fue

rentable para los militantes islamistas, que más tarde fundaron todo un cuasi- estado. Y aunque los propios canales de suministro se formaron en los primeros años del gobierno de Sadam Husein, cuando se impusieron a Irak las sanciones internacionales tras la fallida intervención en Kuwait, obligándole a vender petróleo por alimentos a bajo precio, entonces estos canales empezaron a financiar realmente el terrorismo.

Vincent les compraba y lo introducía de contrabando en Europa, vendiendo las materias primas en la bolsa de Rotterdam bajo la apariencia de turco. Mucha gente lo sabía, tanto en la CIA como en los servicios de inteligencia europeos, por no hablar de los turcos, y todos estaban contentos con ello. Pero no convenía a los competidores de BritishDutchShell, que encargaron a Vincent. Esa vez tuvo suerte. Se encontró con Gustave en las ruinas de la ciudad vieja.

– Hay muchas cosas extrañas en el mundo. – Gustav lo dijo con una especie de interés experimentado, como suelen decir los biólogos abstrusos sobre las nuevas especies de animales. – Una parte del planeta, por ejemplo, siempre está intentando salvar animales. Y si al principio todo empezó con especies raras, ahora alguien intenta salvar a todos los animales, incluso, por ejemplo, a esos lobos que se criaban en cautividad para hacer con ellos un abrigo de piel... Y una vez estuve en Nepal. Entonces hay una fiesta en la que cientos de animales – ovejas, cabras – son sacrificados. Masivamente. Ni siquiera son docenas. Son cientos. Y para nada. No para obtener pieles o carne. Sólo por nada. Como una tradición... -los ojos de Gustav estaban completamente calmados- con la misma expresión podía hablar de las vacaciones de los niños en Nochevieja, y de la instalación de plataformas de perforación en el océano, y de los campos de concentración nazis -sólo como una presentación de información, y entonces podías observar la reacción del interlocutor: mientras estuvieras sentado sin emociones, estabas abierto; si el interlocutor sentía algo, tú mismo lo sentirías inmediatamente. Así se entendía a los demás y era más fácil manipularlos.

En ese momento Vincent recibió una llamada telefónica. Tenía que irse. Volaba a Estambul esta noche para una reunión. Valía la pena negociar sobre el futuro, y sólo una cabeza fresca lo haría.

"¿Otra vez borracho?" – A Gustav no le importaba mucho, más bien se preguntaba cuánto tiempo se podía conducir borracho por las carreteras de Krakozhin en un coche caro.

"El destino favorece a los valientes", dijo el español, mirando a lo lejos. Y era evidente que para él no se trataba sólo de palabras, ni de confianza en sí mismo. Para él es el orden de las cosas en la vida. "Un dicho latino", añadió. – "Los romanos sabían ganar". Un par de minutos más tarde, Vincent estaba fuera de la casa, en dirección a su Chrysler 300C.

La habitación se oscureció un poco. Pero sólo un poco. Había muchos pensamientos en mi cabeza. Gustav encendió el portátil y entró en Facebook: había trescientos mensajes, pero valía la pena abrirlos, y resultó que casi todos los había escrito Oksana sola, durante toda la mañana.

Ahora estaba desconectada y probablemente desmayada por la bebida, pero hasta que ocurrió había reventado como una cloaca veneciana. Estaba histérica, insultando, disculpándose, poniendo excusas, profesando su amor y diciendo que no podía haber nadie más como él en su vida. Estaba avergonzada y asustada. Y desgarrada por el silencio como respuesta. Y escribir esto fue fácil y difícil a la vez. Quería y no quería oír la respuesta. "Entonces, ¿me amas o no me SPARKS?????!!!" su último mensaje.

Gustav no contestó. Aún no había sufrido lo suficiente. Déjala creer en la esperanza. A la gente le gusta mucho ese dicho: "La esperanza es la última en morir". Al parecer, a todo el mundo le gusta morir, o perder, o tal vez ser decepcionado.

Déjale esperar. Al principio será una espera agradable, luego se hará soportable, después difícil y finalmente insoportable. "¿Por qué no habla? ¿Adónde se ha ido? Está a propósito?????" – estas son las preguntas que la esperan. Y entonces ella se inventa cualquier cosa para no creer que, en

efecto, es a propósito. Después de todo, él escribió que la ama. Eso debe ser muy difícil de escribir. No se puede mentir en estos casos. Quiero decir, él puede ver su estado.

"Gente estúpida", pensó Gustav por centésima o milésima vez en su vida. – Miles de años demostrándonos unos a otros que debemos fijarnos en las acciones, y todo el mundo sigue fijándose en las palabras.

Un par de horas más tarde, por supuesto, llamó Oksana. Después de escuchar unos cuantos pitidos para darle más motivos de duda, Gustav descolgó el teléfono: "Sí".

Silencio. Silencio al principio. Casi siempre. El silencio siempre precede a las acciones.

"Gus", la voz de la chica lo expresaba todo y nada a la vez. Llena de vacío. El tipo de vacío que alimenta la desesperanza. Antes de llamar, pensó largo y tendido en que había hablado a todo el mundo de su pureza e integridad con sus clientes, de no mezclar la vida personal con la pública. Y al hacerlo, mintió. Mintió a todo el mundo, también. Se había acostado con prácticamente todos los hombres que habían hecho un trato inmobiliario a través de ella. Incluso grabó en su alma la frase "trato a través de ella". Creía que un día simplemente se encontraría con su hombre y le diría un rotundo "no" a semejante actitud y de un plumazo olvidaría todo aquello. Pero ese momento nunca llegó. Y ese tipo de tratos con los hombres hace tiempo que son un hecho. Y cuando ayer llegó el momento de elegir, pensó que era "una vez más que no cambia nada". Al fin y al cabo, Pablo también había comprado el piso a través de ella.

"Sí"-Gustav hizo una pausa. Como siempre. El hombre es su mejor verdugo. "Llamé esta mañana... ¿Leíste mis mensajes?"

¿"Mensajes"? No. Me desperté hace un rato. ¿Por qué, hay algo urgente ahí?"

Silencio. Silencio otra vez. Y todo porque la respuesta no fue la esperada. Ni reproches, ni moralina, ni cháchara, sólo indiferencia, que se extendía como una capa de nubes por el cielo.

– Gustav, no era mi intención... Estaba borracha. Ni siquiera recuerdo todo... O incluso no recuerdo mucho.

– ¿Qué hay que recordar? Así son las cosas.

– No digas eso. Lo siento. Я...

– ¿Perdón por qué? No tienes nada por lo que disculparte. Al igual que no puede haber resentimientos.

– Así que... ¿Así que no te ofendes por mí?

– No. Por supuesto que no estoy ofendido.

Suspiró. Lo sabía. Hay hombres. Hombres de verdad que saben entender. Que saben recibir un golpe. Y hacerlo con honor. Dicen que están hechos de acero. Y eso es exactamente lo que él es. Y lo es. Y está con ella.

Suspiró una vez más, deseando sentir de nuevo el alivio que acababa de sentir cuando aquel montón de piedras, aquella masa de hierro al rojo vivo, se había desprendido de sus hombros. Ahora era fácil. Ahora podía seguir adelante con su vida. Y ahora estaría con él. Sólo con él. Siempre.

– Estoy... tan contenta... No tienes ni idea del peso que me he quitado de encima ahora mismo... ¿Así que iré a verte ahora?

– No es necesario.

– De acuerdo. Tienes razón. Debería entrar en razón. – volvió a suspirar, esta vez sonriendo para que se la oyera al teléfono. – ¿Mañana, entonces?

– No. No deberías venir aquí.

Pequeñas dudas. Como una ligera brisa. Como un ligero oscurecimiento y empiezas a pensar que sólo has parpadeado.

– ¿A ti no?... ¿Por qué, Gus?

– Oksan.

– Sí, cariño.

– ¿Quién necesita una puta?

Algo retumbó en sus oídos. O quizá no en sus oídos. En algún lugar de su interior. Sus ojos se oscurecieron y sintió como si hubiera olvidado cómo respirar. Cómo respirar el aire que la rodeaba. Intentó toser, empujar a través de lo que fuera que se agitaba en su garganta y preguntar "¿por qué?", "¿por qué?", "¿cómo lo arreglo?". Intentó decirlo cuando el teléfono ya no paraba de sonar, cuando sus lágrimas saladas mezcladas con rímel rodaban por sus mejillas pasando por sus labios temblorosos. Intentó creer que no era ella, que simplemente había ocurrido. Intentó recordar que las cosas eran diferentes. Lo intentó una y otra vez, sin darse cuenta de que se estaba desgarrando su propio estúpido corazón con las uñas....

### **Vincent**

Vincent sólo escuchaba el chasquido de sus tacones mientras avanzaba con pasos lentos y firmes hacia el coche. Era especialmente agradable oírlos después de semejantes conversaciones. Se sentía un triunfador. El tipo de hombre que elige su propio camino, su propia identidad... E incluso su propia muerte. A ella le respondió: "Otro día...". Le recordó una frase de una famosa saga en la que los personajes decían a la muerte: "Hoy no", pero no le gustó del todo. Eso es exactamente lo que piensa la mayoría de la gente. Retroceden, se apartan, buscan evitar – no es un camino de vencedores. Y por eso no pospongo, como un recluta, un momento innecesario, sino que lo nombro yo mismo: "¡Otro día!".

La noche es oscura. Y Vincent está borracho, aunque no demasiado. Y una vez más, poniéndose al volante con la mente nublada, con las manos que no están firmes, con los ojos que se cierran solos, simplemente dijo: "Otro día".

No me importaba cuál. Este año o el próximo. Invierno o verano. Sobrio o borracho. Sólo uno más.

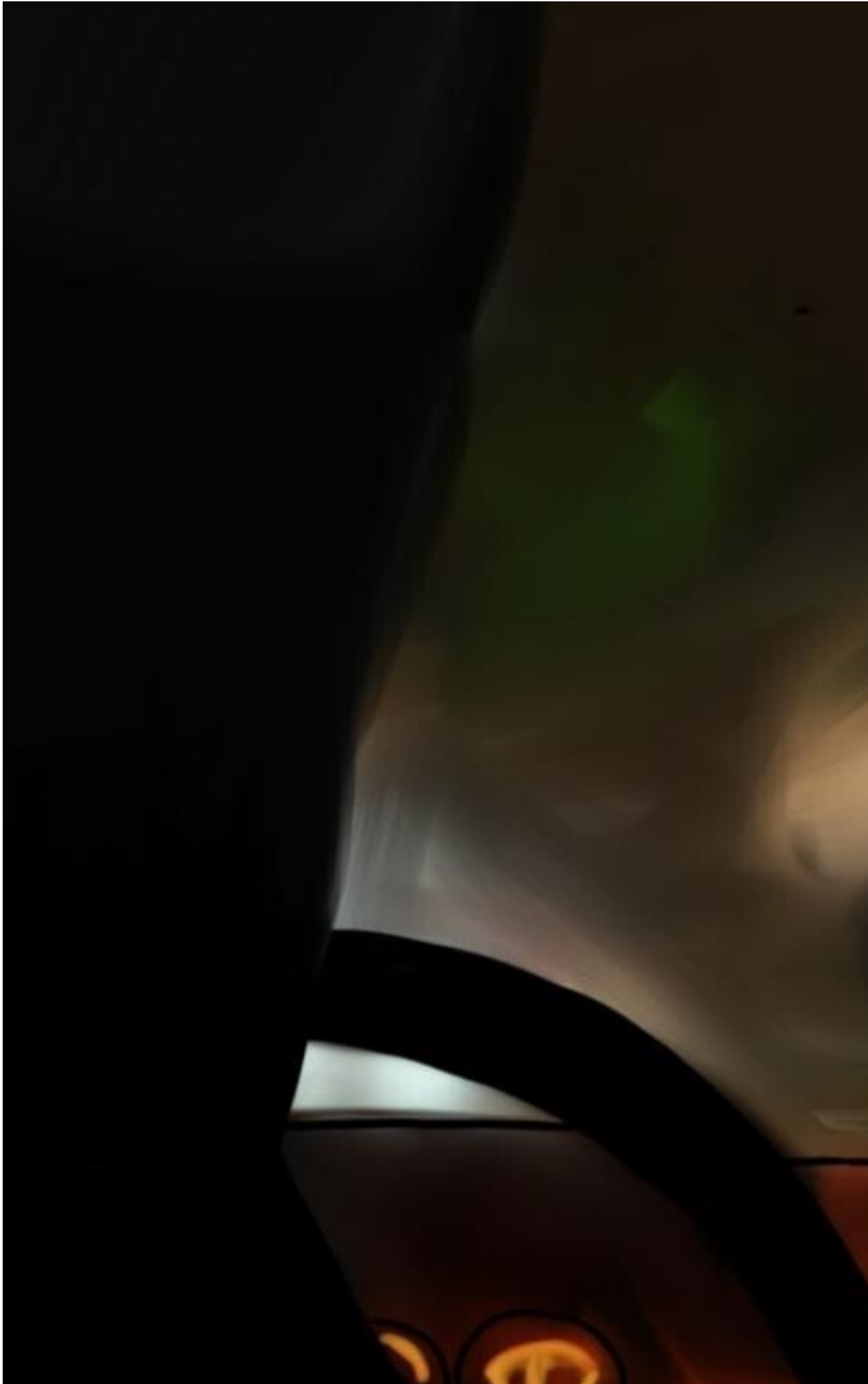
Los giros le resultaron fáciles. Lo de siempre. Era lo de siempre. Él, su coche, su cuerpo, su carretera. El camino siguió como siempre. Mañana a Estambul. Bashkurt está allí. Seguro que le pedirán un descuento. Dirá que son tiempos difíciles y todo eso. Es tan cliché. Los tiempos nunca son duros. Tampoco son fáciles. Todo tiene que ver con la gente. Igual que los problemas sólo tienen que ver con las personas. Es tan tonto decir que el tiempo es duro como decir que el tiempo tiene problemas. El tiempo no tiene problemas. Es sólo un hecho. Y Gustave. Sí. Es un gran tipo. Siempre está escuchando, siempre aprendiendo. Siempre aprendiendo. Eso es exactamente lo que debes aprender de él. Es como un anciano. Como un viejo sabio que absorbe el conocimiento del universo. Me pregunto si está bien con las mujeres. Creo que ha tenido algunas, pero más detalles. Tendría que preguntarle. Tendría que preguntarle. Si le preguntas a él, responderás a tu propia pregunta después. Yo también podría aprender eso de él. Es astuto. Frío y astuto.

La curva se hizo más lateral que las anteriores y el coche se empinó más, a la izquierda, hacia el tráfico que venía en sentido contrario. 140 kilómetros por hora. No hay problema para volver atrás, e incluso con semejante técnica: el 300C es fuerte en curvas, la goma es sólo de rodaje, puedes participar en carreras con él. Un poco de paso por curva y vuelves a tu carril. Y, realmente, como en una carrera, deja un pequeño hueco en el borde izquierdo cuando gires a la derecha. Y luego vuelve a tu carril.

Dos luces blancas en la parte delantera. Luces delanteras. Justo delante de ellos

... No tiene sentido frenar – no se puede ir a la derecha.

Ni una gota de nervios. Ni una gota de miedo. Vincent se puso sobrio al instante. Chocar es chocar. No es la muerte más estúpida. Y la eligió de todos modos. Así que vale la pena confirmarlo. Sólo para estar seguro hasta el final. Zapato en el acelerador.



No se había dado cuenta y no recordaba exactamente cómo había esquivado aquel coche. Había sido a la izquierda del coche, justo en el borde de la carretera, aunque había derrapado aún más. No lo creo. Son todos una especie de... Una especie de...

Y no es que esté vivo en absoluto. Está vivo, y ni siquiera le han dado.

Vincent miró el coche que se alejaba por el retrovisor y dijo. Por primera vez en su vida, dijo Después, no Antes: "Otro día.

**Catherine**

Catherine no entendía muy bien lo que le pasaba a este cachorro: simplemente no quería comer. No hacía nada especial: no gemía, no se quejaba, no ladraba... simplemente no comía. Y la miraba. Con sus amables ojos marrones, pidiendo ayuda. De ella.



Ya ha contactado con algunos de los mejores veterinarios de la ciudad. Luego con su padre, que ya ha contactado con los mejores veterinarios, conocidos sólo por un pequeño círculo de personas donde el dinero no basta para conseguir ayuda. Y luego las pruebas. Y luego asesoramiento de nuevo. Y más pruebas.

Y todo decía una cosa: el perro estaba completamente sano. Todo y todos decían eso... Excepto un "pero". Sus ojos. Catherine vio la muerte en ellos. Sí, era joven, pero seguía siendo una periodista que había estado en muchos lugares y visto muchas cosas. No se puede confundir la muerte con nada, la muerte es la misma en todas partes. Y ahora esta muerte se sentaba dentro de esta bestia y se reía de ella.

Tenía que hacer algo. Ese extraño "algo". Algo más cuando ya estaba todo hecho. Cuando todos habían dicho que no había nada que hacer.

Quería hablar con Gustav. Su imagen de felicidad con él estaba amenazada.

Había confiado en ella. Confiado en este cachorro que acaba de dejar de comer en el segundo día.

No entraba en sus planes llamarle ella misma, ni siquiera tan temprano. Los hombres nunca duraban más de 24 horas. Pero él no. Él era diferente. Y eso le parecía fatal. Diferente y hecho sólo para ella. Y él debía entenderlo. No era su culpa que el cachorro no comiera. Ella había hecho todo lo que podía. Lo que tenía que hacer. Y tal vez no era un gran problema. Pero aún así. Deberíamos llamarlo.

Gustav cogió el teléfono casi de inmediato: "Sí, Catherine. Hola"

Lo primero que hizo, por supuesto, fue sonreír: "Gustic, yo... ¿Cómo estás?"

Ya no quería hablar de nadie más que de ellos. Excepto de su futuro. Excepto de la felicidad que les esperaba.

"Genial. Sólo un poco ocupado. ¿Cómo está Dobby?"

Ella vaciló. ¿Qué le pasa? No le pasaba nada. Después de todo, lo que ella se había inventado: un montón de médicos con mucha medicina moderna por mucho dinero no habían encontrado ningún motivo de preocupación. No es que hubiera ninguna dolencia. Y de todas formas tendrá que devolverle el cachorro en una semana. Ya está pidiendo comida.....

"Dobby está bien. Sólo que no sé cuándo quiere comer... Pero bien. Consulté a un par de médicos que conozco y me dijeron que puede pasar. Así que... ¿nos vemos?" – la frase final surgió de improviso después de toda una serie de palabras y no encajaba bien con la última frase de Gustav: empezaba a parecer que ni siquiera le estaba escuchando: "Quiero decir, me preguntaba si podríamos dar un paseo algún día cuando estés libre."

– Sí, claro. Claro, vamos a dar un paseo.

– Y también quería preguntar sobre el puppy.....

Gustav la interrumpió: "Por cierto, sí. Iba a recogerlo pronto, ¿no? Ya casi he terminado con todo. Más rápido de lo que esperaba, y lo recogeré... ¿Qué tal pasado mañana por la tarde? ¿A las 3?"

Catherine exhaló un suspiro de alivio: "Sí, por supuesto. Entonces iremos a dar un paseo, ¿no?"

– Sí, sí, absolutamente. ¿Qué ibas a decir sobre Dobby? Porque interrumpí. Está bien, ¿no?"

– No, no es nada. – sonrió suavemente al teléfono. – Es sólo que creo que empiezo a echarle de menos ya.....

Tras hablar unos minutos más tranquilamente y darse las buenas noches, Catherine colgó el teléfono, se levantó de la mesa y se dirigió a la nevera. En la puerta había un Borgogna tinto seco. Sirvió un vaso lleno, lo bebió hasta la mitad y sonrió. Pronto estaría con ella. Todo les iba bien. Ella sabe cuidar de su otra mitad y seguro que también sabrá cuidar de él. Igual que él cuidaría de ella.

Kathryn se volvió y se encontró de nuevo con los ojos del cachorro, que estaba tumbado exactamente en la misma posición que había estado desde por la mañana. "No le pasa nada. – pensó

la muchacha. – Sólo está triste por su amo. ¿Por qué me emociono? Me dio el perro para que me lo quedara. He hecho todo lo que se supone que debo hacer. No es que no esté comiendo. Suele pasar. Otras personas no habrían hecho ninguna prueba, y mucho menos visto a los mejores médicos. Tengo a todo el mundo en vilo. ¿Y para qué? No hay razón para hacerlo. Y el cachorro es joven. No se va a morir solo. No hay nada malo en las pruebas, así que vivirá. Y al final, aunque muera, no será en tres días. Y entonces Gustave se cuidará solo. Un hombre así puede resolver cualquier cosa. ¿Qué tengo que decidir yo? Tengo demasiadas responsabilidades, estoy cansada... Aunque tal vez debería haberle preguntado por qué el perro dejó de comer... Al menos él lo sabría...

¡Mentira! No es asunto mío. ¿Hice todo lo que me pidió? Sí. El perro está vivo y bien, por supuesto. Cualquiera puede ver que está sano. Y el pánico es un comportamiento histérico que necesita ser eliminado. Y a Gustav no le gustaría que me preocupara por nada. No hay nada malo aquí. En tres días, no me importará nada de esto. Puede tomar al cachorro y dejarlo morir en un minuto, no es mi responsabilidad... Es mi responsabilidad ser feliz. Y Gustave tendrá que ocuparse de eso ahora. Tengo que ser hermosa y mantenerlo con una correa más corta. Todo saldrá bien, como siempre".

Catherine apartó los ojos del perro y se sirvió un segundo vaso.

### **Gustav**

Al otro lado de la ventana sopló de nuevo el viento, los árboles se balancearon, bailaron y empezaron a abrazarse como viejos amigos.

Ahora había que ir a la tienda más cercana, a comprar alcohol para poner en práctica otra idea interesante: Vladímir Arkadievich tenía una hija con dos rasgos fisiológicos incomparables, pero no raros: adicción al alcohol y riñones enfermos al mismo tiempo. Sin duda, ella se había encaprichado de él hacía dos meses, y había dejado claro más de una vez que quería algo más que admirarlo de lejos.

Cuando Gustav subió al coche, ya llovía fuera de la ventanilla, no con fuerza, pero era evidente que iba a seguir lloviendo. Al irlandés le encantaba este tipo de tiempo: se adaptaba perfectamente a sus meditaciones, y también al estado de ánimo de la gente alterada y angustiada, que se aseguraba a sí misma que "el cielo lloraba ahora con ellos". Una visión sorprendentemente infantil de la naturaleza, a menudo presente en las descripciones históricas: batallas, coronaciones de reyes, tomas de posesión de presidentes son descritas por diferentes personas con climas directamente opuestos, como si estuviéramos hablando de acontecimientos, tiempo y lugar diferentes. El incansable deseo de confirmar la propia opinión, de predisponerse, de crear el trasfondo necesario, y es tan fácil cuando existe una fuerza tan poderosa pero muda, que expresa tan vívidamente la propia opinión, una fuente inagotable de confirmación de cualquier idea y pensamiento. Y, al parecer, muchos consideraban un pecado no utilizarlo para sus propios fines.

Hubo un tiempo en que en Rusia las "lluvias ciegas", es decir, las que caían a la luz del Sol, se llamaban "llanto de la zarevna" porque las gotas brillantes parecían lágrimas. Al menos había cierta base para tal denominación. Pero parecía hipócrita hacer propaganda política de la naturaleza.

"Este es el tipo de cosas que reflejan vívidamente la bajeza del hombre. – pensó Gustav mientras arrancaba el coche. – Merecen morir y nada más.

Tardamos unos 7-8 minutos en llegar, a la vuelta de unas cuantas esquinas había un edificio independiente de la época soviética, donde el servicio, los precios y el ambiente en general eran muy adecuados para la venta de alcohol, incluso de origen ilegal, y también durante la época prohibida.

Delante del edificio había algo parecido a un aparcamiento. Y ahora había un Lada gris del noveno modelo, con todas las puertas abiertas de par en par. Dos hombres estaban sentados dentro, con los pies en la calle. Los ojos podían ver que habían bebido mucho, y que probablemente quedaba otro tanto por beber.

"¡Escucha esto, hermano! – gritó uno de ellos a Gustav. – Ese coche mola.

Llévanos, por ejemplo a Cerveza". Incluso a diez metros de distancia, el hedor

que desprendía la pedrada y que se derramaba sobre su cuello era bastante vil y acre, como si hubiera estado en capas sobre su piel durante mucho tiempo.

Gamberros de medio pelo. Apenas saben distinguir entre Einstein y Eisenstein. No han leído un solo libro desde el instituto, no sólo Remarque o Steinbeck, sino cualquier libro. Ni ética, ni estética. Pero sí un pronunciado deseo de beber alcohol y exigirlo a los demás, como si se lo debieran. Al fin y al cabo, alguien tiene que ocupar este nicho, y si no quieres hacerlo tú mismo, entonces paga al que ocupe este lugar por ti. Y paga para que tenga suficiente para seguir ocupándolo. O de lo contrario te arrastrará, ya sea al mismo tiempo, o en lugar de él mismo....

Una presa poco interesante e inútil.

"Claro, os llevo", dijo el irlandés y cambió de dirección hacia ellos. Sus rostros estaban visiblemente complacidos: al parecer, los que se habían cruzado antes con ellos los habían ignorado o negado por diversos motivos.

gritó el del asiento trasero. Estaba más sobrio que el que ocupaba el asiento del pasajero junto al del conductor. El hedor era aún peor ahora.

"¿Por qué la cerveza? – preguntó Gustav, a medio metro de ellos. – ¿Vodka?

¿Carne de caballo, mejor?"

"Putá, sí me gustaría un poco de carne de caballo", pensó el hombre de delante, aunque ya estaba casi harto.

Gustav sacó su cartera y, extrayendo un billete de cinco mil dólares, se lo entregó al hombre sentado en el asiento trasero. El color naranja del dinero les impactó a ambos en los ojos.

"Joder, hermano". – susurró, mirando el dinero en sus manos.

"Y para mí Dame uno también", empezó el otro, pero el irlandés ya le estaba tendiendo un segundo billete similar.

– Bueno, para que no te ofendas.

– De corazón, hermano...

El primero se despertó un poco: "Eh, cómo te llamas, hermano, ven con nosotros. Vamos a machacar un poco de carne de caballo..."

– Gustave. Gustav Glisson.

– Ah. Un pahan extranjero, entonces.

– Algo así... ¿Has visto algún policía por aquí?

– Están dormidos, perras. Vasyana ha salido a dar un puto paseo. ¿Adónde van?

– ¿Así que tú eres Vasyan?

– Ese es el maldito. Y ese de ahí es Grey conduciendo.

Gustav sacó una navaja plegable del bolsillo interior de su chaqueta y la clavó bajo la mandíbula del primer hombre, cerró la puerta y apuñaló al segundo en el cuello. La sangre salpicó todos los asientos, las puertas y la tapicería. Vasyana incluso intentó cubrir la herida con la palma de la mano, un billete de dinero, pero fue inútil: sus cerebros no funcionaban a esas alturas. Sus cerebros no se daban cuenta de que la muerte había dejado de acercarse sigilosamente, sino que había llegado de golpe.

Gustav puso el cuchillo en la palma de Grey, le apretó la mano y se dirigió a la entrada de la tienda.

Es un gran honor, por supuesto, que esos borrachos mueran por su mano, pero una vez se interpusieron en su camino.

Hacía un par de meses, con sus preguntas e insinuaciones, habían asustado a una de sus posibles víctimas en el mismo aparcamiento. La chica, bajita y frágil, obviamente se había fijado en Gustav, pero se metió en su coche inmediatamente al ver a los dos hombres. No tenía sentido perseguirla, no era tan guapa e interesante por lo que parecía. Pero el residuo permanecía, y desde luego no merecía la pena esperar a que volviera a ocurrir.

Por supuesto, no había nadie en la tienda, salvo el dependiente. De hecho, tampoco estaba el vendedor: una mujer bajita y rellenita de unos 55 años estaba viendo la televisión, algún programa sobre geografía, sin prestar atención a nada.

En realidad, la última vez que había entrado en este lugar y había preguntado qué podía conseguir con productos baratos pero de calidad, había recibido la respuesta definitiva: "¡Compra y no jodas!", que le salió como un eslogan publicitario. Ahora encajaba bien. El irlandés miró las estanterías con alcohol: "Me gustaría un poco de coñac... Hay Stone land nº 5. 0,7 litros".

## **Конец ознакомительного фрагмента.**

Текст предоставлен ООО «Литрес».

Прочитайте эту книгу целиком, [купив полную легальную версию](#) на Литрес.

Безопасно оплатить книгу можно банковской картой Visa, MasterCard, Maestro, со счета мобильного телефона, с платежного терминала, в салоне МТС или Связной, через PayPal, WebMoney, Яндекс.Деньги, QIWI Кошелек, бонусными картами или другим удобным Вам способом.